

20-11-68

1768

REIVINDICACION DE UN PUEBLO CALUMNIADO

FERNANDO VALERA

Diputado a Cortes

MINISTRO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

REIVINDICACION DE UN PUEBLO CALUMNIADO



DOCUMENTOS Y ESTUDIOS SOBRE LA
REPUBLICA ESPAÑOLA

Cuaderno No. 6

MÉXICO, D. F.

PARÍS

Nos proponemos ilustrar al mundo acerca de la verdadera doctrina, obra e historia de la República española, adulteradas por las propagandas tendenciosas y sectarias, con el designio de rehabilitar un régimen y reivindicar a un pueblo calumniados.

Demostrar que el pueblo español es tan apto como el que más para vivir en democracia, es una manera eficaz de preparar el restablecimiento de la República.

La frecuencia y difusión de estos cuadernos, dependerá del concurso que la opinión republicana nos ofrezca.

Las contribuciones a esta obra pueden dirigirse a Fernando Valera, 26 rue des Plantes 2°;— París 14, o por giro postal al mismo nombre C.C.P. Paris 8273.83.

REIVINDICACIÓN

DE UN

PUEBLO CALUMNIADO

FERNANDO VALERA

Diputado a Cortes

MINISTRO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

REIVINDICACION DE UN PUEBLO CALUMNIADO

Introducción y epílogo, por el General D. Emilio Herrera



DOCUMENTOS Y ESTUDIOS SOBRE LA
REPUBLICA ESPAÑOLA

Cuaderno No. 6

MÉXICO, D. F.

PARÍS

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN, por el General Don Emilio Herrera y Linares.

CAPITULO I

- 1.—España calumniada, como justificación de mantenerla oprimida.
- 2.—De la trágica sinceridad española.
- 3.—De la ferocidad inherente a toda guerra civil.

CAPITULO II

Diálogo entre el mudo y el sordo

Las fuentes encenagadas de la historia, por Fernando Valera. (Lo que yo escribí).

Sectarismo de la intelectualidad internacional sobre nuestra guerra, por Angel Ruiz Ayúcar. (Lo que interpretaron en España).

Las dos vendimias, por Roberto Castrovido. (Lo que había escrito Don Roberto).

CAPITULO III

Otro diálogo imposible

Los silencios de Pío XII, por Fernando Valera.

Carta abierta del Licenciado Juan José Martínez Zato, desde Madrid.

¿Qué? ¿También Jesucristo fue derrotado?, por Alvaro Arrechavaleta.

Noble ejecutoria del exilio, por Fernando Valera:

- a) Un pueblo sin patria, por Fernando Valera.
- b) La ciudadanía exilada, por Fernando Valera.

Insistencia en el rencor, por el Licenciado J. J. Martínez Zato.

Vano intento de un diálogo entre españoles, por Fernando Valera:

- a) ¿Religión o mitología?
- b) La cruzada imposible.
- c) La libertad, condición de la paz.

EPÍLOGO

El clamor de una conciencia cristiana, carta abierta del General Don Emilio Herrera a los Padres Conciliares.

INTRODUCCIÓN

Desde que la Dictadura fue implantada, el pueblo español comenzó a sufrir la opresión del poder arbitrario: detenciones, encarcelamientos, ejecuciones ilegales y secretas e injusticias de todas clases que continúan en el momento presente. Voces de indignación o pidiendo clemencia se alzan continuamente dentro y fuera de España, siempre sin resultado o con el resultado de aumentar el rigor. En cambio, nunca como ahora se ha visto el Régimen totalitario español tan halagado, honrado y favorecido, moral y materialmente, por Gobiernos extranjeros, incluso por algunos democráticos.

Esta anomalía es el fruto natural de la campaña de calumnias y falsedades con que la Dictadura, victoriosa por las armas que le proporcionaron sus dos hermanas difuntas, la Nazi y la Fascista, viene difamando al pueblo español desde hace veinticuatro años, empleando para ello todos sus poderosísimos medios de difusión, por todo el mundo y en todos los idiomas, por sus agentes diplomáticos, por su prensa, por su radio y hasta (y esto lo consigno con amargura por mi condición de católico) por la actitud que el Dictador ha obligado a adoptar a sus más altos Jerarcas de la Iglesia, universalmente respetados, que han

tenido la debilidad de ceder a esa presión de la Superioridad, difundiendo noticias de falsedad evidente.

Por estos medios, la Dictadura de España propala y hace creer al mundo que el pueblo español, que no se muestra amigo de ella, es el más incivilizado de la Tierra, el único incapacitado para votar en elecciones libres y cuyos instintos bárbaros y destructores únicamente pueden ser frenados por el látigo. El mundo, horrorizado ante este cuadro que el Dictador español le presenta de su propio pueblo, ha llegado a creer justificadas todas las medidas de opresión que aquél adopta para evitar que España pueda caer en el abismo si su propio pueblo llegara a gobernarla.

En el destierro, 1º de julio de 1960.

General Emilio Herrera Linares,

Presidente del Gobierno de la República Española.

CAPITULO PRIMERO

I. ESPAÑA CALUMNIADA, COMO JUSTIFICACIÓN DE TENERLA OPRIMIDA

La reacción de pueblos y gobiernos ante los acontecimientos revolucionarios acaecidos en Hungría, durante el otoño de 1956, me hizo sentirme una vez más extraño a mi generación y a mi tiempo. Las gentes reaccionaron casi siempre con ese espíritu banderizo, maniqueo, propio de la guerra civil mundial en que vivimos sumergidos, y los beligerantes de uno y otro bando, dando de lado a los valores humanos, permanentes y universales, convirtieron la tragedia de aquel pueblo en mera arma psicológica de propaganda con que menoscabar el prestigio del partido contrario. Si occidentales, hallaron en el drama de Hungría buenos argumentos para denunciar y combatir la tiranía comunista, mas sin aplicar los mismos argumentos a las otras tiranías, quizás menos fuertes, pero desde luego más viles e igualmente feroces, que padecemos en occidente. Y si orientales, buscaron en el sangriento episodio revolucionario de Budapest, pretexto para endurecer su propio aparato represivo. Ciertamente que, aplicando la técnica ritual de la autocritica, puesta de moda a la sazón por Khrushchov, atribuyeron una mínima parte de culpa de lo ocurrido a los propios

errores, y descargaron la máxima responsabilidad sobre la solapada conjura del imperialismo americano.

Pocos se atrevieron a pensar por cuenta propia, sin espíritu de bandería, e indemnes por igual al terror, al fanatismo y al soborno, se asomaron al drama con ánimo de averiguar dónde estaba el interés del pueblo rebelde y con la preocupación de contribuir a su felicidad e independencia. Para esto, había menester disgustar a Tirios y Troyanos, lo que en tiempos de discordia civil tiene el inmenso riesgo de que el que así obra se allega por igual la animadversión de ambas banderías rivales, y se expone a ser aplastado por ellas, "a pretexto de que pretende quebrantar la unidad del partido", según la experiencia registrada hace veinticuatro siglos por Tucídides al historiar la guerra civil de Corcira.

Pero no es de esas actitudes inconsecuentes de lo que me propongo escribir ahora, sino de otros escozores que las estampas de la revolución húngara despertaron en mi alma de español sin patria. Todos hemos visto en las actualidades del cine y en las estampas de los periódicos las calles cubiertas de escombros, sembradas de cadáveres, invadidas por una muchedumbre poseída de la cólera y el odio. Espectáculo natural de toda revuelta callejera. Mas también hemos visto las escenas de hombres linchados por las turbas, colgados de los faroles, o calcinados a montones en las hogueras humeantes. Esos cadáveres eran, según rezaba la leyenda o el comentario, de miembros del partido comunista o de agentes de la policía secreta de Estado, en quienes había recaído la justicia del pueblo, un tanto al azar, como suele acaecer en parejas ocasiones. Nada

nuevo, ni nada viejo; la misma ferocidad, a la vez grandiosa y siniestra, de todas las revueltas populares.

Lo nuevo —o acaso tampoco lo sea, aunque a mí me lo pareciese— fue la reacción impasible, acaso complaciente, del público en nuestro mundo occidental y cristiano. La misma reacción impasible y complaciente que advertí, mientras yo quedaba helado de espanto, cuando se lanzó la primera bomba atómica sobre el pueblo inerme de Hiroshima. Como si el crimen no lo fuera, porque las víctimas pertenecían a otra raza y al bando contrario. Recuerdo que entonces la prensa y la opinión pública se hacían lenguas ensalzando el inmenso poder destructor de la nueva arma, como poseídos de orgullo satánico al sentirse copartícipes de tanta grandeza. Nadie —o muy pocos— experimentó de momento el horror de ser hombre, ni pensó en que los cientos de miles de seres abrasados en un átomo de tiempo eran en su mayor parte niños, mujeres y ancianos, indefensos e inocentes, y tan víctimas del imperialismo japonés como los propios marinos americanos de Pearl-Harbour. No leí a la sazón un solo comentario que recordase a las gentes el aspecto humano de aquel acontecimiento. Yo pretendí hacerlo, y no encontré tribuna donde publicarlo: mis sentimientos no eran de actualidad. Las víctimas pertenecían al bando enemigo y, además, eran de raza amarilla. No se extendía a ellos nuestra caridad cristiana.

Nadie tiene derecho a suponer en este comentario la menor simpatía por las doctrinas y tácticas del imperialismo comunista, al que vengo combatiendo sin mudanzas ni veleidades desde que muy joven, casi niño, descendí a la arena de las luchas políticas y sociales. Se trata sólo de que a mí, humano, me

conmueven por igual los dolores de todos los hombres, aunque sean mis adversarios. Por grande que fuera el fragor de la batalla, nunca pude, ni supe, ni quise negar a nadie el derecho a la misericordia. Porque me sale espontánea e inconteniblemente del corazón, y porque me lo enseñó el mendigo sublime, Jesús de Galilea, gran maestro de compasión, cuando dijo: "Amad a los que os aborrecen, perdonad a los que os ofenden, orad por los que os persiguen". Quizás sea cortedad de mi entendimiento, pero yo no sé que haya otra manera de comprender el cristianismo.

Aquella reacción impasible y complaciente ante los horrores de la guerra civil, cuando los padecen los adversarios —en el caso de la revolución húngara, los comunistas— contrasta con la asparentosa indignación con que la burguesía del mundo occidental comentaba los desmanes acaecidos durante la guerra civil de España, sobre todo en los casos en que las víctimas pertenecían al bando faccioso. De los rojos, aunque los mártires fueran más atroces y los mártires inmensamente más numerosos e inocentes, parece como si no hubiera por qué compadecerse ni escandalizarse.

Mas no era tampoco de esa arbitraria reacción de la conciencia burguesa occidental, oscilante entre la sensiblería y la insensibilidad, de lo que pensaba ocuparme en este ensayo. Me he limitado a registrar el hecho, sin analizarlo ni comentarlo. En lo que sí quiero detenerme es en los efectos que esa arbitraria y desigual estimación y medida de hechos semejantes, según la índole y clase social de víctimas y verdugos, ha producido en perjuicio de España. Me refiero al injusto desprestigio que ha recaído sobre el pueblo español en general, y sobre los republi-

canos en particular, universalmente tachados hoy de gente bárbara, insociable, inepta para la democracia, incapaces de vivir la libertad sin convertirla en desenfreno y, por lo tanto, justamente condenados a soportar una tiranía que, por ser tan feroz como ellos mismos —como el pueblo español— les protege contra sus propias atrocidades. Esa inicial injusticia intelectual es lo que me mueve a batir hoy lanzas por el honor de mi patria y por la reivindicación de mi pueblo.

II. DE LA TRÁGICA SINCERIDAD ESPAÑOLA

No somos ajenos los españoles al concepto peyorativo que de nosotros tienen hoy las demás naciones. Como antaño lo reprochara la reina doña María de Molina a los rebeldes castellanos, en el hermoso drama de fray Gabriel Téllez, nos "escindimos en civiles competencias", rompimos la unidad de la patria, nos "dejamos llevar de ambiciosas arrogancias" más que de cristianas virtudes, tan alardeadas como poco seguidas, y para justificarnos de nuestros desafueros "nos aplicamos a propalar y engrandecer la deshonra del opuesto bando", sin percatarnos de que, entre todos, estábamos deshonrando a España:

*...en civiles competencias,
pretensiones mal fundadas,
bandos que la paz destruyen,
ambiciosas arrogancias,
cubris de temor los reinos,
tiranizáis vuestra patria,*

*dando en vuestra ofensa lenguas
a las naciones contrarias.*

No sé si algún día los beligerantes nos pondremos en pie de paz e intentaremos de veras la reconciliación nacional de que ya todo el mundo habla sin hacer nadie demasiados sacrificios para apresurarla. En todo caso, la piedra de toque para contrastar los quilates de ese espíritu de paz sería una buena disposición del ánimo que se afanase por explicarse los errores del adversario y por atenuar su responsabilidad en y durante la guerra, a la vez que reconociese las propias faltas.

Habría también que indagar y proclamar —lo que no se ha hecho todavía —los heroísmos, proezas y actos dignos de alabanza que acaecieron durante la guerra y revolución de España en uno y otro bando beligerante; porque, sea en nosotros torpeza, sea en los extranjeros malicia, lo cierto es que hasta ahora apenas si se ha hablado de otra cosa que de los crímenes de la revolución para execrarla; pero sin que nadie se haya ocupado de recoger y ensalzar las muchísimas hazañas y los innumerables rasgos de humanidad y compasión que en ella florecieron. Y así, los anales de la guerra y revolución han venido a marcar a nuestro pueblo con el estigma de bestial, feroz y bárbaro —vicios que no son especialmente suyos, sino comunes a todos los pueblos en circunstancias parecidas—, sin apuntar en el haber del español la contrapartida de lo que en él más que en otro alguno resplandece de noble, piadoso y civilizado.

Si queremos, pues, rehabilitar a España, a la vez que rendir culto a la verdad histórica, habremos de enmendarnos, por una

parte, de la nefasta costumbre de condenar en el bando contrario el crimen que llamamos y hasta justificamos en el nuestro y, por otra parte, renunciar al vicio de desvirtuar las ajenas proezas y bondades, tanto como encarecemos y gritamos las propias. Sólo estaremos verdaderamente *en pie de paz* cuando por igual nos duelan todas las injusticias, nos avergüencen todos los crímenes y nos enorgullezcan todos los heroísmos de la guerra y revolución de España. Acaso entonces, en medio de tanto horror, que nunca debiera haberse producido y que ojalá jamás se repita, podamos envanecernos de que la guerra pusiera de relieve la trágica y honrada sinceridad española, contrastando con la vileza de un siglo y la abyección de una humanidad cuya norma moral se funda en el egoísmo, la inhibición, la impudicia y la hipocresía. Ciertamente que nosotros estuvimos a punto de ahogarnos en un torrente de sangre; con todo, nuestro pecado es más limpio que el de un mundo resignado a sumergirse en un mar de... inmundicia.

Lo que hubiera de bárbaro y feroz en nuestra guerra civil, repito, no es achaque específico del pueblo español, como de ningún otro pueblo, ni de uno solo de los bandos en pugna, sino vicio común a todas las guerras civiles, en todos los tiempos, naciones, y latitudes.

Demuéstralo nuestra propia historia, tan rica en contiendas fratricidas. Entre los muchos testimonios que podría entresacar de crónicas, romances y poemas, quiero solamente recordar el relato que de la rebelión de los moriscos en las Alpujarras escribió don Diego Hurtado de Mendoza "para ilustrar al rey católico de España, don Felipe II, hijo del nunca vencido emperador Don Carlos". Comienza por explicar el historiador

las causas del alzamiento, en buena parte provocado por la intolerancia de los cristianos, no en cuanto cristianos, sino en cuanto vencedores, que, por serlo, se creyeron sin obligación de respetar las cláusulas convenidas por los Reyes Católicos con los vencidos musulmanes, en las Capitulaciones que se firmaron a la rendición de Granada. El 27 de septiembre de 1568, el rey Aben-Salmar-al-Zaquer reunía a los conjurados en el Albaicín y "les ponía delante la opresión en que los castellanos los tenían", "sujetos a hombres públicos y particulares, no menos esclavos que si lo fuesen": "Mándannos, dijo, que no hablemos nuestra lengua, no entendiendo la castellana. Llaman a nuestros hijos a sus congregaciones y casas de letras, enseñándoles artes que nuestros mayores prohibieron enseñar". "Cada hora nos amenazan con quitarlos de los brazos de sus madres y de la crianza de sus padres y pasarlos a tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida y aprendan a ser enemigos de los padres que les engendraron y de las madres que les parieron. Mándannos dejar nuestro hábito y vestir el castellano". "No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, sino también los entretenimientos, así los que se introdujeron por la autoridad, reputación y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas, como los que son necesarios para la limpieza y convenientes para la salud. ¿Vivirán nuestras mujeres sin baños, introducción tan antigua? ¿Veranlas en sus casas, tristes, sucias, enfermas, donde tenían la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad?"

En nuestra época de obispos pudibundos, más afanosos de alargar en las playas los trajes de baño de las mujeres, que no

de acortar los deseos pecaminosos de quienes las contemplan, bien pudiera reiterar el precedente capítulo de agravios cualquier español civilizado, sobre todo si fuere catalán o vasco y se hubiese visto durante muchos lustros menoscabado en el uso de la lengua de sus padres y abuelos y hasta impedido de bailar la inocente sardana.

Aquella intolerancia para con las costumbres y creencias de los moriscos terminó desencadenando la terrible rebelión de las Alpujarras, especie de guerra civil y religiosa en el transcurso de la cual se vieron horrores como los siguientes: "Los moriscos comenzaron a perseguir a los cristianos viejos, profanar y quemar iglesias con el Sacramento, martirizar religiosos y cristianos que, o por ser contrarios a su Ley, o por haberles adiestrado en la nuestra, o por haberles ofendido, les eran odiosos. En Guercija, lugar del río de Almería, quemaron un convento de frailes agustinos que se refugiaron en la torre, echándoles por un horado de lo alto aceite hirviendo. Sirvióse de la abundancia —de aceite— que Dios les dio en aquella tierra para ahogar los frailes". "Al cura de Mayrena hincháronle de pólvora, y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle a las saetadas; a otros, lo mismo, dejándoles morir de hambre; cortaron a otros sus miembros, y entregáronlos a las mujeres que con agujas los matasen; a quienes apedrearon, a quienes acañaverearon, deshojaron, despeñaron". "A los hijos de Arce, Alcaide de la Peza, uno degollaron, y otro crucificaron, azotándole e hiriéndole en el costado, primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme a la de Nuestro Redentor,

aunque en la vida fue todo lo contrario, y murió confortando al hermano que descabezaron”.

¿Para qué seguir el relato? Hurtado de Mendoza se consuela realizando la entereza de que dieron testimonio las víctimas, españoles al cabo, mejores cristianos en morir como mártires de su religión, que en vivir practicándola. También en nuestra última guerra civil se ha puesto de relieve, en ambos partidos rivales, esa insobornable lealtad española que, como dije antes, dignifica y eleva y marca con su sello indeleble de trágica sinceridad a nuestro pueblo, y le distingue de la impudicia universal que nos rodea.

El epílogo de esa epopeya alpujarreña merece, asimismo, ser recordado y puesto en parangón con las cosas que nosotros hemos visto y padecido. “Pelearon los castellanos cada día con enemigos, frío, calor, hambre, falta de municiones, de aparejos en todas partes, daños nuevos, muertes a la continua”. Hasta que vieron “a los enemigos, nación belicosa, entera, armada y confiada en la aspereza del sitio, en el favor de los berberíes y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos, vendidos en almoneda o llevados a habitar a tierras lejos de la suya”. “Victoria dudosa —termina el cronista— y de sucesos tan peligrosos que alguna vez se tuvo duda de si éramos nosotros o los enemigos los a quien Dios quería castigar, hasta que al fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados y ellos los castigados”.

III. DE LA FEROCIDAD INHERENTE A TODA GUERRA CIVIL

Tal vez se me redarguya que en ese cuadro pintado por la pluma maestra del historiador del siglo XVI resalta a todas luces lo que pretendo negar, es decir, la violencia incurable de los españoles, su ferocidad, tan connatural en ellos que se manifiesta constantemente a lo largo de su agitada historia. Mas lo que yo sostengo es que la misma y aún mayor ferocidad se halla igualmente en las guerras civiles y revoluciones de los demás pueblos, aun de los que por haber disfrutado de largas eras de paz, parecían más dulces, mansos y sosegados; por donde se viene a concluir que la ferocidad no es vicio ni achaque de ningún pueblo singular, sino desventura común a todos ellos, cuando la Providencia, el Destino o sus propios errores los castigan con el terrible azote de una guerra fratricida:

*Dios para castigar, primero cuenta;
pesa después su mano, y con los dedos
escribe: división, muerte y afrenta,*

cantó nuestro gran Quevedo, y años después, desde la prisión, en una de sus cartas, después de pergeñar una estupenda estampa de la discordia civil, termina diciendo: “A los reinos poderosos antes los ejercitan las guerras externas que los menoscaban. Las civiles, los posttran”.

La historia antigua y moderna nos brinda inagotables ejemplos de lo que digo. Me limitaré a citar uno, que me parece paradigmático, por el relato magistral que nos legara el histo-

riador ateniense Tucídides. Acaeció aquel episodio a raíz de haber conocido la antigua Grecia ese período singular de esplendor que la historia ha bautizado con el nombre de "siglo de Pericles", uno de los momentos cumbres de la civilización humana.

Entonces, como ahora, aunque en el más reducido espacio de las ciudades griegas, se entabló una pugna de poder entre la democracia liberal de Atenas y la oligarquía comunista de Esparta. Dividiéronse las ciudades abrazando cada cual una de las banderías; resignáronse las ciudades al papel de satélites de los Grandes de aquel tiempo, y dentro de cada una surgieron facciones y partidos que seguían las consignas de la gran potencia preferida y solicitaban su guía y amparo. Y fue la guerra civil del mundo helénico. La guerra civil absoluta que acarrió la ruina general y la crisis definitiva de un ciclo de civilización, arrancando para siempre de las manos de Grecia el cetro político del mundo mediterráneo, cetro errante de mano en mano, hasta que lo recogió el puño de hierro de Roma.

He aquí algunos párrafos del relato espeluznante de Tucídides, traducido directa y fielmente por mí del texto griego a la lengua castellana: "Viendo los corcirenses que se acercaban las naves áticas y que las del Peloponeso se habían retirado, metieron a escondidas a los mesenios, que antes estaban al exterior de las murallas, y dispusieron que las naves tripuladas navegaran costeano hacia el puerto de Hillaíco y que mataran durante el viaje a cuantos enemigos pudieran prender"... "y fueron al Heraion y persuadieron a unos cincuenta suplicantes que allí había de que se sometieran a juicio, y a todos los

sentenciaron a muerte. Cuando la mayor parte de los suplicantes que no se habían dejado persuadir vieron lo acaecido a los otros, se mataron entre sí delante del santuario, unos ahorcándose de los árboles y otros exterminándose como pudieron. Durante los siete días que permaneció allí Heurimedon, con las sesenta naves que había traído (de Atenas), los corcirenses estuvieron asesinando unos a otros, cuando sospechaban que fueran enemigos, alegando que habían querido derrocar la democracia; pero la verdad es que algunos murieron a causa de enemistades privadas y otros perecieron a mano de sus deudores a quienes habían prestado dinero. Ejecutáronse todas las formas y maneras de muerte y acaecieron todas las atrocidades que se acostumbra en casos semejantes. Nada cabe imaginar que no sucediera, y aun más de cuanto pueda imaginarse; porque el padre asesinó al hijo, y se sacó a los hombres de los santuarios para matarlos delante del templo, y aun hubo algunos que fueron tapiados en el de Dionisio, y allí perecieron".

"A tal grado de ferocidad llegó la revolución, y aun pareció más porque era la primera vez que acaecía una cosa semejante; empero, más tarde, todo el mundo helénico se puso como si dijéramos convulso y revuelto, propugnando en todas partes los caudillos del pueblo la causa de los atenienses, y los nobles la de los lacedemonios. Y así como en época de paz no hubieran tenido pretexto ni inclinación de llamar en su ayuda a los contendientes, ahora que Atenas y Esparta se hacían la guerra, les era más fácil a los de una y otra bandería que deseaban producir trastornos, procurarse alianzas exteriores, ya para combatir a los contrarios, ya para consolidar la propia causa".

“Y a pretexto de las revoluciones cayeron sobre las ciudades muchas y grandes calamidades, las cuales han ocurrido y ocurrirán mientras no cambie la naturaleza de los hombres, más violentas o más suaves y con diversas formas y maneras, según se desencadenen y evolucionen los acontecimientos. Ciertamente, en tiempos de paz y esplendor, hombres y ciudades conciben los más delicados sentimientos porque no les acontecen cosas desagradables y fatales; pero la guerra priva a los hombres de bienestar y aun de los ordinarios medios de vida, y es un maestro riguroso que los vuelve irritables y violentos, a semejanza de las circunstancias”.

“Digo, pues, que las ciudades comenzaron a revolucionarse, y las que más tarde llegaban a tal situación, aleccionadas con la fama de lo que había ocurrido en las que les precedieron, llevaron a mayores extremos el desenfreno y novedad de las ideologías revolucionarias, maquinando más hábilmente las empresas y ejecutando las más insólitas y extrañas represalias”. “Trocáronse en la práctica los usuales significados de las palabras, y a la audacia insensata se le llamó heroica fidelidad al partido, y a la prudente circunspección, disimulo del miedo, y a la templanza, máscara de la cobardía. Del que con buen consejo quería prevenirlo todo, decían que no servía para ejecutar nada; la impulsividad se contó como insigne prenda del hombre, y la cautela en el consejo como especioso pretexto para eludir el deber. Dábase siempre crédito al iracundo, y se sospechaba del que le contradecía. Por listo pasaba el que lograra llevar a cabo ardides y asechanzas, y por más avisado todavía el que acertaba a prevenirlos; mas si alguno anticipaba su consejo de que nada de eso debiera hacerse, al punto le acusaban

de que quería disolver la unidad del partido o de que tenía miedo a los adversarios. En una palabra, reservábanse las alabanzas para el que mejor dispuesto parecía a perpetrar desmanes o para el que inducía a que los perpetrasen los que nunca habían pensado en ello. La camaradería privó sobre el vínculo de la familia, pues se estaba mejor dispuesto a correr riesgos por los camaradas que por los parientes. Estas flamantes asociaciones no se conformaban a las leyes y costumbres, ni se inspiraban en el bien común, sino en la codicia y contra todo lo establecido, y la fe y lealtad que entre ellos se guardaban no se fundaban en los mandamientos divinos, sino en la comunidad del crimen”.

“Recibían las honestas y buenas razones de los adversarios, aun siendo más excelentes y benéficas, como si fuesen censura de sus actos, y no signos de un más noble y generoso entendimiento. Preferían poderse vengar a dejar de ser ultrajados. Los juramentos —si alguna vez los prestaban para solemnizar la reconciliación— valían para cada cual el solo instante en que los hacía, para salir de apuro, sin que luego tuvieran fuerza alguna de obligar; antes bien, el que primero se atreviese a quebrantarlos, llegada la ocasión propicia y cuando viera al otro desprevenido, cobraría mayor placer en la venganza que si de frente la hubiese ejecutado, precisamente porque la había satisfecho contra la fe de lo jurado, pues calculaba no sólo la mayor seguridad, sino que, venciendo al otro en malicia, se adjudicaría además la palma de avisado e inteligente. Que cuando es muy grande el número de los malvados, fácilmente se les llama listos, y tontos a los buenos, siendo la bondad motivo de afrenta, y la perfidia, de orgullo”.

“El origen de estos males es el hambre de poder, fruto de la codicia y de la ambición, de las cuales nace y en las cuales estriba la pasión ardiente de la rivalidad. Porque los que presidían en las ciudades ambas banderías —cada una de las cuales manejaba el señuelo de un bello nombre: los unos ‘igualdad de los ciudadanos ante la ley’, los otros, ‘gobierno prudente de los mejores’—, aun cuando de palabra dijeran que su aspiración y premio era atender al bien público, con obras pugnaban por prevalecer de mil maneras los unos sobre los otros, y osaban ejecutar las mayores atrocidades, y procuraban inflingirse desmesuradas penas y castigos; no los que se aplicarían dentro de los límites de la justicia y del interés público, sino conforme a los propios antojos de cada uno, decididos unos y otros a satisfacer su animosidad, ora votando inicuas condenas, ora imponiendo la violencia a mano airada. Así pues, ninguno de los dos bandos obraba conforme a normas de piedad y religión; antes bien, se prodigaban los mayores encomios a cuantos acertaban a cometer actos abominables, disfrazándolos con artificiosas razones. Y a los ciudadanos que se hallaban en medio de las dos banderías, se les hacía perecer, ya a pretexto de que no se habían sumado al partido, ya por envidia de que acaso sobrevivirían a la discordia”.

“De tal manera se manifestaron en la Hélade a causa de las revoluciones todas las especies de malas artes, y la honestidad sencilla, que es el mejor patrimonio de los bien nacidos, se ocultó escarnejada, y prevaleció en cambio durante mucho tiempo el espíritu de rivalidad y de perfidia. No había para el que se reconciliaba y transigía palabras seguras ni juramento venerado, antes bien, todos calculaban que, en la desesperanza

de que hubiera nada estable, mejor podrían verse libres de daño precaviéndose que confiándose. Y así, los de más zafio entendimiento eran los que solían prevalecer; porque, recelosos de su propia insuficiencia y desconfiando del saber de los contrarios, acudían más decididos a las obras, no fuera que aquellos les aventajasen en razones y se les anticiparan a envolverles en intrigas, dada la mayor fertilidad de su ingenio. En cambio ellos, envanecidos de que sabrían prevenir las cosas a tiempo y de que no necesitaban asegurar con actos lo que podían obtener con inteligencia, fueron más fácilmente destruídos, por desprevenidos y confiados”.

“Fue en Corcira donde primero se perpetraron la mayor parte de esas atrocidades, y de todas las otras que, como represalia contra los que un tiempo fueran sus superiores, puedan ejecutar los vengativos, en quienes manda más la insolencia que la templanza; los cuales, como buscan sobre toda otra cosa liberarse de su habitual miseria, y como apetece principalmente —en razón de lo mucho que padecieron— alzarse con las riquezas del prójimo más afortunado, todo lo resuelven con escarnio de la justicia. Es la ira la que, de manera cruel e implacable ejecuta las acciones que la ignorancia emprende, movida no solo por la ambición, sino también por el sentimiento igualitario”.

“Trastornada la vida de la ciudad y triunfante la naturaleza humana sobre las leyes, y habituada al desafuero, se complacía en mostrar que no hay frenos para la cólera, más fuerte que la justicia y enemiga de toda superioridad y excelencia; porque el deseo de venganza no prevalecería sobre los deberes de la piedad, ni se antepondría la codicia a la inocencia, cuando no

tuviera el poder de corromperlos la envidia. Procuran los hombres en tales circunstancias dar al traste, primeramente, con las leyes comunes, en las que estriba la esperanza de que puedan salvarse si les sobreviene alguna desgracia, y nos las mantienen en vigor por si un día hubieran menester de ellas cuando se vieran amenazados de injusticia”.

Quizás se redarguya, todavía, que esas atrocidades acaecían en una sociedad pagana, cuyo esplendor material no poseía los altísimos quilates morales de la caridad cristiana. Mas, ¡ay!, la historia de la Iglesia, tan rica en apostasías, cismas, heterodoxias, anatemas, persecuciones y guerras religiosas, prueba que la caridad cristiana no ha logrado, no ya extirpar, mas ni siquiera endulzar los espantos de las luchas fratricidas entre los humanos, y que, en cambio, la superstición, la intolerancia y el fanatismo religioso sí que supieron agigantarlos.

Las guerras de religión son las más feroces de todas las guerras civiles, y entre las cien religiones que el mundo ha conocido, sólo el Budismo no ha solido salpicarse de sangre de incrédulos, herejes o gentiles. La cristiana, a pesar del claro y dulce mensaje del Crucificado, ha sido de las más implacables en el exterminio y tortura de los infieles, desde que la desventurada conversión de Constantino en el imperio romano y de Recaredo en la España visigoda, convirtieron la Iglesia, que es casa de Dios, en antesala o suburbio del palacio del César. El rebaño de los mártires se convirtió en la falange de los inquisidores. El odio teológico y la crueldad intelectualizada crecieron hasta alcanzar dimensiones satánicas, precisamente cuando se ensañaban en los “hermanos separados”, herejes, apóstatas, heterodoxos, todavía más aborrecibles para el *odium*

teológico que los infieles, paganos y gentiles. No es menester aducir pruebas; la historia habla por sí misma.

No desconozco que la Iglesia, por la voz de Papas y Concilios, condenó reiteradamente tales violencias, aconsejó mayor caridad entre cristianos, e hizo cuanto pudo y supo para frenar los excesos del espíritu sectario; pero todo fue en vano; porque la guerra es de por sí mala, aun cuando en un principio fuera justa, y tanto más atroz cuanto más allegados entre sí los beligerantes. El primer homicida y la primera víctima eran hermanos, enseñan simbólicamente las Escrituras, como si quisieran señalar que el fratricidio es el paradigma de todos los crímenes.

DIALOGO ENTRE
EL MUDO Y EL SORDO

LAS FUENTES ENCENAGADAS DE LA
HISTORIA

POR FERNANDO VALERA

Siguen publicándose libros y más libros que intentan desentrañar el más dramático episodio de la historia contemporánea: la guerra de España.

Se acercan ya a diez mil los escritos sobre ella. Yo tengo en turno para leer cinco de los recientemente publicados. Empero, la mayor parte de ellos vienen a embrollar más que a esclarecer la verdadera y profunda historia de lo acaecido, porque suelen fundarse en documentos inicialmente deficientes y falaces, en cuanto que no son información, sino propaganda. Y la propaganda implica casi siempre la adulteración sistemática de la verdad. Un abundantísimo fichero extraído del arsenal de la propaganda será, tanto más falaz cuanto más copioso.

Años, acaso siglos habrán de transcurrir antes de que el

historiador pueda entresacar de los testimonios contrapuestos de los propagandistas —de uno y otro bando— el oro puro de la verdad histórica. Antes será menester que hablen los republicanos liberales, que son los únicos que todavía no han podido hacerlo. Durante la guerra, la insolidaridad internacional de los afines les negó las armas con que defender la libertad y, después de vencidos, la misma insolidaridad les ha regateado los medios y las ocasiones para reivindicar su honor.

Hay en cambio, una abundantísima literatura que pretende ser justificativa de los errores y desmanes cometidos por los vencedores, los arrepentidos y los neutros. Acaso los arrepentidos y los neutros, más aún que los propios vencedores, sean los más propensos a encenagar las fuentes de la verdad histórica. Los arrepentidos de hogaño son muchas veces los mismos demagogos de antaño que se distinguieron hostigando la rebelión del pueblo y lo deslumbraron con los espejuelos de la propaganda pseudorrevolucionaria para llevarlo inerme ante el ara del sacrificio estéril. Y este linaje de autores, ciertamente prolíficos, necesitan presentar ante la posteridad una interpretación de la guerra civil que sea, no lo que realmente fue para España, sino lo que debiera haber sido para que ellos queden justificados.

Toda esta literatura de los arrepentidos, "ministros de Stalin", "hombres de sangre", y otros, no es trigo limpio con cuya harina se pueda cocer el pan candéal de la verdadera historia. Mejor harían los arrepentidos retirándose a hacer penitencia en un convento, en vez de descargar sobre el inocente pueblo republicano la responsabilidad de los propios errores.

Luego, hay la literatura de los neutros —que no pacífi-

cos—, de los Poncio Pilato, ínclitos e ilustres varones que cuando el pueblo injustamente agredido se desangraba, peleando con uñas y dientes, porque armas no tenía, por su honor y su libertad, juzgaron oportuno lavarse las manos en los aguamaniles infectos de la soberbia intelectual, del egoísmo o de la cobardía, sin percatarse de que, desde el crepúsculo del Calvario, todos los Pilatos están condenados a lavarse con la sangre del Inocente. Y éstos también han escrito la historia de manera que justifique su deserción o su indiferencia; es decir, presentando la guerra civil como una contienda bárbara entre dos causas igualmente injustas que, por serlo, excluían la elección de los ciudadanos ecuanímenes y civilizados.

Mas hay otra versión, que es en la que menos suelen reparar los historiadores sedicentes "objetivos" —¡como si pudiera haber objetividad cuando se desgarran la carne y el alma de un pueblo!—. Es la versión de los que sólo se batieron por la libertad y el honor de su patria, resistiendo con igual entereza a la agresión fascista y pretoriana y al fanatismo revolucionario. La versión de los que, como proclamara don Juan Negrín ante Las Cortes reunidas en el Castillo de Figueras, "hicieron la guerra que no querían, que les había sido impuesta, con la sola aspiración de llegar a la paz". La versión de los republicanos liberales que osaron y consiguieron lo que —que yo sepa— no ha logrado todavía ninguna otra nación del mundo: en plena guerra revolucionaria, dar la batalla al terror, y vencerlo.

Con razón el ilustre don Roberto Castrovido se asombraba por entonces de que en el otoño de 1936, cuando el Estado y el pueblo republicanos se debatían por restablecer la disciplina ciudadana —sin elementos de coerción, porque la fuerza pública

se había echado al monte y la mayoría del ejército se había situado al margen de la ley—, pudiera yo mismo increpar desde la tribuna y el periódico, en Valencia, a los terroristas pseudorrevolucionarios, titulándoles: “la mancha de infamia que no podía faltar en un proceso revolucionario”. “Sois la villanía, la crueldad, el delito”, “el sol es luz, y tiene también sus manchas, difuminadas en el gran estallido de su lumbre”. “El ladrón no es más que ladrón, aunque se vista de miliciano”. Menos dijo André Chénier a los déspotas del Terror en la Revolución Francesa, y le costó la vida. El solo hecho de que yo haya sobrevivido, es la prueba de que la República Española no fue nunca totalmente desbordada por el terrorismo revolucionario.

El señor Castrovido citaba entre otras líneas que yo escribí y publiqué en EL PUEBLO de Valencia, en el otoño trágico de 1936, las siguientes: “A la hora de luchar por la libertad sale a la calle el pueblo, trabajador, honrado, generoso, que da y quita la vida por el ideal. A la hora del botín, cuando ya ha desaparecido el peligro, surge de las madrigueras la canalla, que es todo lo contrario del pueblo, para deshonar la revolución con el crimen y el saqueo”. “No; la canalla no lucha por la libertad, ni sirve a la revolución, ni conoce la valentía. La canalla es cruel, y la crueldad es el patrimonio de los cobardes que, sacrificando a los débiles e indefensos, pretenden aparentar el valor que les falta para arremeter contra el enemigo fuerte y bien pertrechado, en el campo de batalla”. “Y no se quiera justificar el terror por las atrocidades que perpetre el enemigo. Lo he dicho y lo repito: ellos lo hacen porque son fascistas; por eso luchamos contra ellos. Bueno fuera que, después de

combatirlos, viniéramos a asimilar sus prácticas, sus procedimientos y sus doctrinas.”

Pero ¿qué saben de esto los historiadores de la guerra de España? ¿Qué han dicho hasta ahora de este combate espléndido y, al cabo, victorioso, del pueblo republicano inerme contra el terror pseudorrevolucionario? Un combate que hubo de afrontarse mientras el pueblo defendía en trágicas condiciones de desigualdad las trincheras de la libertad contra las bien pertrechadas legiones de franquistas, moros, italianos y alemanes. Y sin embargo, documentos suficientes existen para tener cabal noticia de esa estupenda epopeya civil, sin par en la historia.

No ha mucho recibía yo de la España silenciosa ese bellísimo artículo de don Roberto Castrovido, titulado LAS DOS VENDIMIAS, que se publicó en EL DILUVIO de Barcelona el 6 de Septiembre de 1938. En él escribía el insigne don Roberto: “He aducido pruebas suficientes para sostener la tesis de que el Poder público fue siempre contrario en nuestra República a la comisión de crímenes, de venganzas, de justicias si se quiere, pero ejecutadas sin autoridad. Las evitó así que pudo, obedeciendo a las excitaciones de espíritus generosos, de mentes sanas, de palabras viriles, como las que he citado del sindicalista Angel Pestaña y de los republicanos San Andrés y Valera”. “Esas voces serenas, que honran a un régimen, reivindicando la buena fama de un pueblo y atestiguan la existencia de una civilización, las oímos en Valencia, y en periódicos valencianos estarán impresos sus discursos”.

Donde no las hallarán los historiadores “objetivos”, es en las fuentes encenagadas de la historia, en los libros que es-

cribieron para apaciguar el remordimiento de sus conciencias, los vencedores, los neutros y los arrepentidos.

(Artículo publicado en EL TIEMPO de Bogotá (Colombia), Febrero de 1962).

* * *

Algún tiempo después de publicado el precedente artículo en la prensa hispanoamericana, la de España insertaba un intento de réplica con la firma del señor Angel Ruiz Ayúcar.

Republicanos anónimos de España me hicieron llegar recortes de diversos periódicos. Aún conservo el ejemplar de EL IDEAL GALLEGO de la Coruña de 30 de Septiembre de 1962, y el de HOY de Badajoz de 10 de Octubre del mismo año. El artículo del Sr. Ruiz Ayúcar se publicó de manera muy destacada, tanto que en el diario gallego, por ejemplo, figuraba con igual rango y en la misma plana que el dedicado a conmemorar los VEINTISEIS AÑOS DE CAUDILLAJE FECUNDO, 1936-62, ilustrado con el retrato de la familia caudillil.

A los lectores de este CUADERNO dejo la tarea de sacar, después de lealmente informados, el juicio que les merezca este diálogo entre el MUDO, que soy yo, mudo como cualquier liberal desde 1939, y el SORDO que es cualquier

periodista del Régimen, pues que a los unos no se nos deja hablar y a los otros no se les permite oír sino el rumor oficial de las adulaciones prodigadas al vencedor y de las calumnias reservadas al vencido.

Los republicanos en exilio respetamos a nuestros interlocutores el derecho que en España se nos niega todavía de que las opiniones de cada cual sean plena y directamente conocidas, sin cortes ni tergiversaciones. Por eso reproducimos aquí el artículo del Sr. Ruiz Ayúcar.

SECTARISMO DE LA INTELLECTUALIDAD INTERNACIONAL SOBRE NUESTRA GUERRA

POR ANGEL RUIZ AYÚCAR

En otras ocasiones, hemos señalado que tanto en las novelas como en las obras históricas referentes a nuestra guerra es visible un apasionamiento de los autores, cuando no un sectarismo, que hacen precisa una labor de interpretación, si se quiere llegar a conocer la verdad objetiva.

Recientemente, hemos visto expresarse en igual sentido al que se titula ministro de Asuntos Exteriores, "o así", del fantasmal Gobierno republicano en exilio, don Fernando Valera, en el artículo publicado en un periódico extranjero, sobre "las fuentes encenagadas de la historia". Don Fernando Valera, que asegura ser "republicano liberal", se lamenta de que, a pesar de haberse escrito cerca de 10.000 libros sobre nuestra guerra,

resulta difícil sacar de ellos el oro puro de la verdad. Considera que, en tales obras, abunda más la propaganda que la información. Con esta afirmación, un "puro" del republicanismo viene a coincidir con lo que los escritores españoles "de dentro" venimos diciendo desde hace años. El sectarismo con que la "intelligentsia" internacional enfocó nuestra guerra no es sólo conocido, sino que está "reconocido" por un número considerable de los que crearon el "gran engaño" de la lucha romántica por la libertad en zona roja.

EL TERROR ROJO

Pero, naturalmente, a don Fernando Valera no le molesta el sectarismo de que fue víctima la causa nacional. A don Fernando lo que le molesta es que, pese al parcialismo favorable a los rojos de la mayor parte de esos 10.000 libros de que habla, no hay forma de ocultar un hecho que los correveidiles del exilio quisieron hacer olvidar, a toda costa: el terror rojo que arrasó la "zona republicana".

Como ese terror no sólo es denunciado en las obras de escritores nacionales, e incluso del otro bando, don Fernando arremete contra los que llama "los arrepentidos y los neutros", cargando su ira contra ellos, con preferencia "a los vencedores", pues a éstos siempre podría invalidarlos con la acusación de parcialidad o propaganda. Pero los otros...

Don Fernando Valera no se anda por las ramas, y arremete contra los "arrepentidos", recomendándoles que se retiren "a hacer penitencia en la soledad de un convento", en vez de descargar "en el inocente pueblo republicano la responsabilidad de sus propios errores".

Bien, parece ser que, por lo menos, hubo "errores". Pásemos ahora a los "neutros". Frente a ellos, el lirismo de don Fernando Valera nos traslada a los bellos tiempos de una oratoria hoy en desuso. Escuchen ustedes: "Luego hay la literatura de los neutros, de los Poncio Pilatos, ínclitos e ilustres varones que... juzgaron oportuno lavarse las manos en los aguamaniles infectos de la soberbia, del egoísmo o de la cobardía, sin percatarse de que, desde el crepúsculo del Calvario, todos los Pilatos están condenados a lavarse con la sangre del inocente."

Esta parrafada, de tan claro sabor castelarino, nos hace recordar de qué mundo trasnochado procede la curiosa especie de los republicanos liberales, a los que don Fernando Valera, con tanta propiedad, da liderato. Pero vayamos a la sangre inocente. Parece difícil no incluir en ella a la masa de españoles asesinados sin motivo ni justificación, en zona roja. El problema se plantea así: ¿El Gobierno republicano favoreció, provocó, consintió o amparó las matanzas y crímenes cometidos? ¿Sí o no? Esta es la única respuesta que interesa, porque lo otro, negar las matanzas, ni con diez mil libros ni con ninguno, puede negarlo nadie que pretenda hablar con un mínimo de seriedad.

VICTIMAS ECLESIASTICAS: 6.832

Existen testimonios irrefutables. "La persecución religiosa en España", del presbítero Antonio Montero, es uno de los más importantes. Como dijo "Ecclesia", en cita que ya hemos recogido otras veces, "saber, por ejemplo, que sólo las víctimas eclesiásticas fueron exactamente 6.832, con nombre, ape-

llidos, fecha y lugar de ejecución, da base a unas conclusiones ideológicas, o simplemente históricas, que nadie podrá calificar de gratuitas. Y eso sin contabilizar a los seglares, cuyo volumen sacrificial, por exclusivos motivos religiosos rebasa en mucho las cifras eclesiásticas."

Sin embargo, no todo el mundo valora así los datos exactos. El señor Llopis, con quien incomprensiblemente se estrecharon las manos en Munich personas de significación muy diferente, ha escrito un comentario sobre "La persecución religiosa en España", poniendo, de una parte en duda la objetividad del autor, y pretendiendo, de otra, justificar la persecución. Actitud que no puede sorprender en quien quitó en España el crucifijo de las escuelas. Lo sorprendente es que ciertas personas lo olviden.

EL CRIMEN PUESTO DE MANIFIESTO

Don Fernando Valera, al entrar en esta cuestión de los crímenes, pierde un poco la brújula, y nos lo explicamos. Así, primero, por boca de Roberto Castrovido, se autoelogia por haber combatido, en el otoño de 1936, en un periódico de Valencia, a los que él llama "los terroristas pseudorrevolucionarios", titulándolos "la mancha de infamia que no podía faltar en un proceso revolucionario", y diciéndoles "Sois la villanía, la crueldad, el delito". Luego, se compara con Chenier (¡ay, estos románticos!) que, por menos dice, fue víctima de Robespierre, y llega a la sorprendente conclusión de que "el sólo hecho de que yo haya sobrevivido, es la prueba de que la República española no fue nunca totalmente desbordada por el terror que

acompaña y deshonra a todas las revoluciones". No parece darse cuenta de que "el solo hecho" de que un ministro del Gobierno de la República se asombre de haber sobrevivido a la orgía de asesinatos que fue la zona roja, constituye la más tremenda acusación contra la revolución a que sirvió. Si el que "era de casa" lo vio tan negro, ¿qué les pasaría a los demás?

Creemos que su artículo dirime la cuestión. La verdad de nuestra guerra, esa verdad que el exilio quiere enterrar entre falsedades y gazmoñerías, es inevitable que surja de los diez mil libros que se han escrito sobre ella, pese a las deformaciones voluntarias de los autores. El propio artículo de don Fernando Valera lo demuestra, poniendo de manifiesto el crimen cuando pretendía negarlo. Un testimonio más que habrá que tener en cuenta en lo sucesivo, a no ser que, en aras de la República, don Fernando Valera se inmoles, incluyéndose en el grupo de los arrepentidos o de los neutros, ya que en el de los vencedores no tiene sitio: le falta de sinceridad lo que le sobre de retórica.

(Artículo publicado en EL IDEAL GALLEGO de La Coruña el 30 de septiembre, y en HOY de Badajoz el 10 de octubre de 1962).

LAS DOS VENDIMIAS

POR ROBERTO CASTROVIDO

De la España Silenciosa, donde se conservan como oro en paño las reliquias de los maestros republicanos, me enviaron este precioso artículo de don Roberto Castrovido, que ha motivado el precedente diálogo entre el Mudo y el Sordo.

El Gobierno de la República ha enviado una nota, firmada

por el Ministro de Estado, Alvarez del Vayo, a la Comisión Británica reunida en la Tolosa francesa para organizar el canje de prisioneros nacionales o fascistas y republicanos o rojos. El Gobierno republicano, el legítimo, el nacido del voto de la mayoría de los españoles, para facilitar el canje suspende durante el mes de Septiembre (de 1938) las ejecuciones de pena de muerte. Es una disposición humanitaria, equitativa y justa; que inhumano e injusto fuera matar al que confiaba en ser canjeado, al que hubiera podido serlo si no lo impidiera el pelotón que fusila, la muerte que mata, no ya el cuerpo, sino la esperanza. El bárbaro horror de la pena irreparable quedaba de ejecutarse ahora las sentencias, no solo patentizado, sino agravado, lo que teníamos por imposible.

La dionisiaca tregua propuesta por el Gobierno de la República es, no sólo evitadora de horribles desengaños, de iniquidades crueles, de la irresponsabilidad que hace odiosa a la antijurídica pena, solamente en tiempo de guerra tolerable como incidente de la guerra misma; sino que concuerda con el Mediterráneo y con los países que consagraron desde antes de Cristo este mes de Septiembre a la vendimia de sus viñedos. Donde crece la vid, desde Grecia a Portugal —países éstos, como la Italia de Mussolini, blasfemos a Dionisio, a Baco, a los dioses paganos del amor, de la alegría y del vino, como lo son, con sus crueldades y con sus matanzas, blasfemos a Cristo—, debiera ser respetada como una ley la nota de nuestro Ministro de Estado, digna de la aprobación de los juristas, de la exaltación de los humanistas, y también de las viejas odas anacreónticas.

La República no perturbará con tétricas ejecuciones la

alegría de la vendimia, cantada por poetas, retenida por el arte en cuadros, tapices, grabados, litografías... Los ayes del moribundo no suspenderán los cánticos jocundos en los trémolos labios de los vendimiadores.

La República no confunde el vino con la sangre; le repugna esa mezcla; no se embriaga de crueldad, como los falangistas, los militronchos, los fascistas, los del requeté y los prelados, excepto dos: el Arzobispo de Tarragona y el Obispo de Vitoria, que se abrazaron a la Cruz para no firmar la anticristiana pastoral en favor del lobo y en contra del rebaño, como llaman los Obispos y Arzobispos al conjunto de sus fieles.

Franco no accede a la tregua. En su campo, a pesar del jerez, del Málaga, del rioja y el Aragón, gusta más la sangre que el vino y se prefiere vendimiarse vidas a racimos. La República, en cambio, gusta de las uvas de Cataluña, del moscatel de Valencia y Denia, de los vinos catalanes y valencianos, de los ricos, perfumados, fortísimos de Alicante; de los manchegos, con el Valdepeñas a la cabeza; del albillo de Madrid, del delicioso de Yecla, de los parrales de Almería, y aborrece la sangre, aunque sepa derramarla heroicamente en el campo de batalla. No mata, en cumplimiento de la sentencia de los tribunales, por gusto, sino por deber y, así, está propicia a canjear prisioneros y pronta a facilitar con generosa iniciativa la noble tarea de la Comisión Británica que, transcurrido un siglo, vuelve a mediar, como medió Lord Elliod en la primera guerra civil carlista.

La República, si ha padecido desbordamientos criminales, los ha atajado pronto, así que los Gobiernos tuvieron fuerza para imponer su autoridad. Aún antes se levantaron voces

serenas que honran a un régimen y reivindican la buena fama de un pueblo y atestiguan la existencia de una civilización. Tal la de Indalecio Prieto, a los pocos días del levantamiento militar, pontificio, carlista, cabileño. El discurso de la frase "pechos duros y corazones sensibles" basta para glorificar a un político revolucionario.

Y en aquellos meses terribles del otoño de 1936, oímos enérgicas, duras protestas contra la criminalidad suelta, "incontrolada", sin más ley que la voluntad del grupo o del individuo ejecutor y sin otro espíritu que el de la venganza, cuando no el robo —recuerde el lector al jefe de la Columna del Amanecer, que operó en Madrid y se fugó al extranjero con el fruto de sus criminales rapiñas—; a los sindicalistas Sánchez Requena y el malogrado Angel Pestaña, y a los republicanos San Andrés y Valera. Los oímos en Valencia, y en periódicos valencianos estarán impresos sus discursos.

En un libro, LA REPUBLICA, SIEMPRE LA REPUBLICA, he podido volver a leer artículos que Fernando Valera escribió a últimos del 36 y primeros meses del 37 y publicó en EL DILUVIO, de Barcelona, y EL PUEBLO, de Valencia. Asombra ahora que en Septiembre de 1936 se atreviera a hacer enérgicas condenaciones como ésta: "Los incontrolables constituyen la mancha de infamia que no podía faltar en el proceso glorioso de nuestra revolución. Ellos fueron la villanía, el terror, la crueldad, el delito. El sol es luz y tiene también sus manchas, difuminadas en el gran estallido de la lumbre".

Y en el precioso artículo EN EL PAIS DE COMITERRA, todo él consagrado valiente, abnegada, republicanamente, a la defensa de la revolución que mancillaban elementos perversos

que se creían o se decían revolucionarios, pinta con firmes trazos la psicología de "Comiterra", el país de los Comités.

Recuerda que el año 35 tuvo que esperar en la carretera horas y horas por impedirle continuar el paso lento de larguísima procesión, y ve con asombro que, al intentar el 5 de Diciembre del 36 cruzar por el mismo pueblo, le impide el paso una alborotada manifestación revolucionaria. De la sorpresa en que cae le saca esta reflexión: "¿Qué había ocurrido para tan inesperada mudanza? Por fuera había ocurrido mucho; tanto, que pendían de un árbol la sotana y el santo. Por dentro, no había ocurrido nada; eran los mismos hombres hoscos, rencorosos, duros e intransigentes de toda la vida, que ahora nos imponían lo rojo, como antes lo negro, sin saber a ciencia cierta lo que significaba cada color. O, por hablar más precisamente: no tenían de rojo más que el pañuelo y el gorro; el corazón seguía siendo tan negro y frailuno como durante el otoño de todos los años anteriores".

Y el 17 de Octubre de 1936 publica Fernando Valera un artículo del cual son estos párrafos: "A la hora de luchar por la libertad sale a la calle el pueblo trabajador, honrado y generoso, que quita y pierde la vida por el ideal. A la hora del botín, cuando ya ha desaparecido el peligro, surge de sus madrigueras la canalla —que es todo lo contrario del pueblo— para deshonorar la revolución con el crimen y el saqueo. No cabe confundir el crimen de la canalla que se mueve a estímulos de rencores privados, con la justicia del pueblo, que responde a un ideal universal y público". "No; la canalla no lucha por la libertad, ni sirve a la revolución, ni conoce la valentía. El terror es siempre tiránico, reaccionario y, además, cobarde. En

la práctica del saqueo y del crimen suele ocultarse muchas veces el deseo de aparentar, sacrificando a los débiles e indefensos, un valor que falta para arremeter contra el enemigo, fuerte y bien pertrechado, en el campo de batalla. La crueldad es un síntoma del miedo, como la generosidad lo es del valor. Tampoco cabe justificar el terror por las atrocidades que perpetre el enemigo. Lo he dicho y lo repito: ellos lo hacen porque son fascistas; por eso luchamos contra ellos. Bueno fuera que después de combatirlos, viniéramos a asimilar sus prácticas, sus procedimientos y sus doctrinas”.

He aducido pruebas suficientes para sostener la tesis de que el Poder público fue siempre contrario en nuestra República a la comisión de crímenes, de venganzas, de justicias si se quiere, pero ejecutadas sin autoridad. Las evitó así que pudo, obedeciendo a las excitaciones de espíritus generosos, de mentes sanas, de palabras viriles como las de los ciudadanos citados.

Y en el campo enemigo, donde se vendimian vidas y no racimos, no se ha condenado el asesinato del poeta García Lorca, y se ha consumado dándole forma legal el de Leopoldo Alas Argüelles, profesor de la Universidad de Oviedo y su Rector.

Los que prefieren la sangre al vino o mezclan en siniestro coctail ambas bebidas, han matado al católico, al catalanista, que sólo por gratitud era republicano, al bonísimo Carrasco Formiguera —su bondad le alejaba de los fascistas, más que su ideología—, y han condenado a muerte al sabio Dr. Madrazo, gloria de la montaña de Santander, anciano de 90 años, respetable y respetado en todas partes, menos en donde dominan

por el terror las hordas fascistas; respetado y querido por su vida, consagrada al bien y a la ciencia.

Imposible sería encontrar en las prisiones de la República, para canjearlo con Don Enrique Diego Madrazo, a otro anciano de 90 años, médico, cirujano, publicista y autor dramático de mérito que haya sido condenado a muerte por los tribunales republicanos. De un estigma como el de la prisión y condena a muerte del Dr. Madrazo se ve libre nuestra amada República.

(Artículo publicado en EL DILUVIO de Barcelona el martes 6 de Septiembre de 1938).

OTRO DIALOGO IMPOSIBLE

LOS SILENCIOS DE PÍO XII O LA TRAGEDIA DE UN ALMA CRISTIANA

POR FERNANDO VALERA

Al General español D. Emilio Herrera, católico, sabio y hombre de honor, al cumplir sus 88 años de edad y 26 de exilio, con veneración y afecto.

Parece que el Vaticano se decida a reivindicar el pontificado de Pío XII. Se quebrantará para ello la prudente tradición de no abrir los archivos secretos hasta transcurridos cincuenta años, no sé si de los acontecimientos o del tránsito del Pontífice. Ha sido causa de tan excepcional medida, el gran revuelo promovido por un libro de Friedlander y por EL VICARIO de Hochhut.

Ciertamente los acontecimientos y el ilustre personaje están demasiado cercanos para que puedan ser contemplados con la serenidad que reclama la verdad histórica. Pongamos el caso del joven Semprún, que ha vertido y adaptado al francés

el drama de Hochhut. Hijo de una ilustre familia política española, vinculado por línea materna al insigne don Antonio Maura, que fue figura prominente durante el reinado de Alfonso XIII, y por línea paterna al notable jurista y escritor católico, diplomático y político republicano don José M^a Semprún y Gurrea, ¿cómo podría borrar de su alma la carga mental y pasional acumulada durante una niñez y una mocedad de injusto, patético y todavía no terminado destierro?

¿Y qué lector o espectador europeo, impregnados como lo estamos todos de los sufrimientos y estados de conciencia en que nos vimos sumergidos durante la Segunda Guerra Mundial, podrá comprender y disculpar que Pío XII intentara remontarse a un estado de serenidad espiritual no conturbada por las atrocidades de los beligerantes y los dolores de los pueblos?

Uno de los testimonios más adversos a Pío XII es la carta que Mr. Harrison escribió el 13 de Enero de 1943 al Secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, informándole de la conferencia celebrada con el Pontífice por el señor Harold Titman, representante personal permanente del Presidente Roosevelt en el Vaticano. Como Mr. Titman lamentara que en su MENSAJE de Navidad el Papa no hubiese pronunciado algunas palabras condenatorias de las atrocidades nazis, Pío XII "le expresó sus dudas de que las referencias de los aliados sobre las atrocidades nazis estuvieran bien fundadas" y le manifestó su recelo de si "en ellas no habría cierta exageración intencionada, a los fines de la propaganda de guerra".

Para atenuar la sorpresa que pueda producirnos hoy esa actitud de Pío XII, hay que reparar en que, siempre, desde que hubo guerras, los beligerantes manejaron la poderosa arma

psicológica de atribuir a sus adversarios toda suerte de atrocidades, descargando, además, en ellos la plena y única responsabilidad del conflicto bélico.

Parece evidente que Pío XII alentaba un prejuicio favorable hacia el régimen nazi, por lo que éste tenía de autoritario. Tal vez sintiera también cierta predilección por el pueblo alemán, en razón de su añeja solera cultural y del temperamento romántico y bonachón de los alemanes, en cuanto personas privadas, cualidades que, de manera enigmática y paradójica, se transfiguran en ferocidad colectiva tan pronto como los clarines de guerra despiertan en ellos el instinto gregario de la horda bárbara. Mas, a pesar de todo, cabe disculpar que una mente normal y un espíritu cristiano, como los de Pío XII, se resistieran a creer que el alma humana sea susceptible de descender a abismos de bestialidad, tales como la naturaleza —tan cruel, fecunda e implacable— no los ha logrado engendrar ni siquiera en el atroz mundo de los insectos.

Había, en fin, en el ánimo de Pío XII, según revelan los documentos recogidos en el libro de Friedlander, la dramática duda de si la condena moral, única de que podía valerse —recuérdese la célica pregunta de Stalin: "¿Cuántas divisiones tiene el Papa?"— frenaría la vesania de Hitler y sus nazis, o de si, por el contrario, les incitaría a extender la implacable persecución a los católicos, sin aliviar con ello la suerte de judíos, socialistas, liberales y francmasones.

Deber irrenunciable de la conciencia individual es condenar los crímenes del Poder, suceda lo que quiera; pero el problema es otro cuando se trata del jefe supremo de una comunidad religiosa, si teme que sus nobles y bien intencionados

actos puedan desencadenar sobre millones de seres inocentes una oleada de terribles represalias y penalidades.

Una cosa es la inhibición a lo Poncio Pilato, justamente calificada de cobarde complicidad en el sacrificio del Justo, y otra el silencio de un alma torturada por la duda de si, queriendo hacer el bien, acrecentaría el mal y el dolor del mundo. No creo que haya más trágica agonía que la de la conciencia moral: "Desdichado de mí, que hago el mal que no quiero, y no puedo hacer el bien que quiero", exclamaba angustiado el Apóstol San Pablo.

Acaso el moralista kantiano, para quien el imperativo categórico es una simple ecuación intelectual, un silogismo, pueda satisfacerse ajustando su conducta al apotegma de "haz lo que debas, cualesquiera que sean las consecuencias de tus actos"; pero, para el cristiano, en cuya moral entra por mucho la caridad, es decir, el don divino de padecer con el dolor ajeno, ninguna acción es justa si contribuye a aumentar el dolor del universo. ¿Y cómo saber de antemano si vamos a consolar o a atormentar, sin quererlo, a nuestros hermanos que sufren?

Por eso, yo tengo para mí que, pasados los años, aquietadas las pasiones, cicatrizadas las heridas, la humanidad tal vez se explique piadosamente los silencios de Pío XII durante la Segunda Guerra Mundial y llegue, más bien que a inculparle, a compadecerle. Lo que ya será más difícil de explicar y compadecer, a juicio mío, —y naturalmente sé que mi juicio no puede ser ecuánime, porque influyen en él los prolongados sufrimientos míos, de mis amigos y de mi patria— es el silencio de Pío XII, primero como Secretario de Estado del Vaticano y más tarde como Pontífice, ante las atrocidades de la guerra de

España, en la que su voz sí que habría contribuido decididamente a humanizar la lucha fratricida.

Otro habría sido el tono humanitario y cristiano de la contienda si la Iglesia, en vez de tomar partido por la rebelión, y en lugar de calumniar y enfurecer a un pueblo desesperado que, en fin de cuentas, defendía la Ley, hubiese procurado endulzar con el bálsamo de la caridad las penas y crueldades inherentes a toda guerra civil. Y cuando la Iglesia española no tuviera los suficientes quilates de cristianismo para elevarse por encima de las banderías en pugna, hubiera sido bien que de una colina de Roma viniera la voz que algunos esperamos oír, en vano, recordando a los rebeldes las mismas palabras que los jefes republicanos dijeron a su pueblo: PAZ, PIEDAD, PERDÓN.

Es evidente que habría bastado esa admonición del Vaticano para que hubiera decrecido considerablemente el caudal de dolor y de odio en que se anegó España y para que se hubiese reducido en intensidad y en duración el calvario de su pueblo. Y es ese silencio el que la historia reprochará siempre a la, por otra parte, excelsa personalidad de Pío XII.

(Artículo publicado en NOVEDADES de México el 17 de Marzo de 1965).

* * *

CARTA ABIERTA A FERNANDO VALERA

"Dedicada a todos los católicos, que fueron objeto de persecución y muerte durante la guerra española, por el mero hecho de ser católicos".

MADRID, 26 de marzo de 1965.

Señor licenciado don Ramón Beteta,

Director General de NOVEDADES.

México, D. F.

Muy señor mío:

Ha llegado a mis manos un ejemplar de NOVEDADES, que tan dignamente usted dirige —concretamente del 17 de este mes—, y en una de sus páginas he leído un artículo firmado por don Fernando Valera, que como católico y como español, ha causado mi indignación.

Ello ha motivado mi respuesta al mencionado señor, en forma de carta abierta, para que si lo considera oportuno, sea publicada en ese diario independiente, lo que vería de muy buen grado, cosa que por otro lado es de esperar, ya que por su independencia es de suponer que una de sus miras sea la imparcialidad.

Mucho le agradecería, señor director, que se me acusaría recibo de esta carta y, que de ser publicada la misma, se diesen las órdenes oportunas para que se me enviara un ejemplar del periódico.

En cualquier caso le pido perdón por las molestias que ello pueda causarle y dándole las más expresivas gracias, queda a su completa disposición su afmo., s. s.

q. e. s. m.

Fdo. Lic. JUAN JOSE MARTINEZ ZATO. Corredera Baja de San Pablo 12. Dpto. 3, Madrid, España.

SEÑOR D. FERNANDO VALERA: Leyendo el gran diario NOVEDADES, de México, he visto con gran asombro un artículo suyo bajo la rúbrica: *Los Silencios de Pío XII*. Al terminar de leerlo, sinceramente le digo, que me quedé tan

perplejo, que no sabía si reír o llorar, si callarme o contestarle a usted, en nombre de millones de católicos españoles, ya que es sumamente probable que ese artículo no haya sido leído por compatriotas que residen aquí, en su país. Precisamente —huelga decirlo—, he optado por esto último. Es decir, contestarle, pues lo creo mi deber.

Hace usted una dedicatoria, cosa que me parece perfectamente, pues todo el que escribe, tiene derecho a dedicárselo a quien le venga en gana. Por ello, haciendo yo uso de ese mismo derecho, también dedico mi carta, como usted ve, a los millares de españoles que sufrieron el martirio, firmando su sentencia de muerte al proclamar que profesaban la religión católica.

Y ahora, vayamos al grano, señor Valera.

Comienza usted diciendo que el Vaticano, “se decide” a reivindicar el pontificado de Pío XII. ¿Reivindicar de qué, señor Valera? ¿Pero es que hay alguna mentalidad tan mezquina, que considere que hay que reivindicar de algo al gran pontífice? ¿Es que hay alguien que pueda pensar que Pío XII, comulgaba con el nazismo —que precisamente no miraba con simpatía a la Iglesia—, y con ello aceptaba las ejecuciones en masa del pueblo judío? ¿Es que hay, español o no español, que crea que le traía sin cuidado nuestra guerra, que tenía caracteres de verdadera Cruzada, por tratar precisamente los nacionales de restaurar la religión católica, la única —la única, señor Valera— del pueblo español desde que los apóstoles la extendieron desde Roma, “urbi et orbe”?

Si hay alguien que así opina, puede pensarse, como decía, que se trata de una mentalidad mezquina, resentida por algo,

poco objetiva y por ende injusta. Dejemos al margen la segunda guerra mundial y la obra soez y grosera de El Vicario, y la adaptación al francés de la mencionada obra por un español que, según usted, sufre injusto y patético destierro, aun tratándose de un descendiente del gran don Antonio Maura (uno de los más preclaros políticos que ha dado nuestro país en el presente siglo), y con lo cual, no ha demostrado sino su mal gusto, y retrocedamos unos años... No sin decir antes, que me parece verdaderamente injurioso afirmar como hace usted, "que ningún europeo podrá comprender y disculpar a Pío XII, porque se remontó a un estado de espiritualidad tal, que no se conturbaba por las atrocidades de los beligerantes y el dolor de los pueblos".

¿Es usted católico, señor Valera? Si acaso lo es, ¿no sabe que el Papa además de ser el padre espiritual de todos los católicos, era un ser humano y que como tal, Dios hizo que naciera en Italia, y que como italiano lloraba los dolores en que su patria se debatía? ¿No ha visto usted fotografías en las cuales se ve a Pío XII, de feliz memoria, en las calles romanas, consolando a sus compatriotas durante los bombardeos? ¿Cómo —entonces— puede decirse que no se turbaba por las atrocidades de la guerra? Pero, como decía, retrocedamos unos años...

Viene usted a decir, al final de su artículo, que con su silencio, S. S. tácitamente vino a manifestarse partidario de los "rebeldes" españoles y que mejor hubiese sido aconsejar a éstos, lo que los jefes republicanos hacían a sus súbditos: PAZ, PIEDAD, PERDON.

En primer lugar, sería muy discutible precisar eso de la

"rebeldía". Porque si los rebeldes eran, según usted, los que gritaban ¡Viva España!, frente a aquellos que gritaban ¡Viva Rusia!, entonces está en lo cierto y desde este momento, aunque yo por mi edad no viví aquellos tristes días, considéreme también un rebelde, ¡pues no faltaba más!

Su ecuánime comprensión hacia los pretendidos "silencios" del Pontífice, en torno a los crueles excesos de la segunda guerra mundial —no exclusivo de ninguno de los bandos contendientes, como es bien notorio— no es sino artificioso comodín suyo, para llevar las aguas a su molino de beligerante vencido en la guerra civil española, cuya dureza hubiera podido ser paliada, en su subjetiva opinión, mediante apaciguadoras admoniciones de la Iglesia Católica que, en vez de inhibirse, debió haber seguido el ejemplo de los jefes republicanos españoles, que "dijeron a su pueblo: PAZ, PIEDAD, PERDON". Interesada tesis que podría ser discutible en el supuesto de atenerse a la verdad y a la razón; pero es el caso que el señor Valera, tan destacado en la política frentepopulista, mal puede ignorar la radical inexactitud de los dos extremos de su afirmación.

En primer lugar, mal podría la Iglesia española ejercer su misión pacificadora —que para ser objetiva, hubiera debido ser bilateral—, cuando en una de ambas zonas, precisamente en la roja, mal llamada "republicana", faltaba a la Iglesia toda posibilidad de expresión y aun de subsistencia, ya que todo lo católico estaba proscrito, los templos destruidos o convertidos en "checas" y la jerarquía y el clero físicamente aniquilados (7.937 clérigos asesinados, entre ellos 13 obispos y centenares de religiosas). Y, en segundo término, ni las moderadoras

consignas imaginadas por usted fueron impartidas a los sicarios del frentepopulismo, cuyas "dulzuras", barridas por la indignación española en armas, sueñan en reexportar a nuestra península los opulentos beneficiarios del ensangrentado tesoro del yate Vita, ni los supuestos destinatarios de tales exhortaciones las pusieron en práctica lo más mínimo, como usted podría testimoniar por haber vivido en aquella época, con las miles de víctimas y episodios tan vergonzosos como el exterminio colectivo de los presos del tren de Jaén y el de los reclusos de la Cárcel Modelo, de Madrid, en la que, entre otros muchos, encontraron la muerte insignes tribunos republicanos, cuya vida había sido un constante servicio a la democracia, como el ex presidente del Parlamento, don Melquiades Alvarez.

Lo más discreto y elegante para usted y desmemoriados correligionarios suyos, sería el silencio y la resignación y aun la contrición, si fuera posible, dejando a España en paz y en el olvido de sus nombres y hazañas. Las víctimas del frentepopulismo, ni aun siquiera tuvieron la suerte de refugiarse en países tan hospitalarios, como México, por ejemplo.

Por otro lado, ¿qué esperaba, señor Valera? ¿Que la Iglesia se manifestara a favor de un régimen republicano cuyo Presidente Manuel Azaña, dijo en frase tan inconsciente como poco afortunada, que "ESPAÑA HABIA DEJADO DE SER CATOLICA?" No. Tajantemente no, señor Valera. Vea como botón de muestra, lo que decía el diario de Barcelona SOLIDARIDAD OBRERA, el 26 de julio de 1936 (recién iniciado el Movimiento Nacional): "No queda ninguna iglesia ni convento en pie, pero apenas han sido suprimidos de la circulación un dos por ciento de los curas y monjas. La idea religiosa, no

ha muerto; conviene tener esto en cuenta y no perderlo de vista para ulteriores objetos". ¿Le recuerda esto por algún lado la paz, piedad, perdón tan cacareada por los jefes republicanos? Creo que no. Y creo también que no hay que "reivindicar" en absoluto a Pío XII, que ha pasado a la historia como uno de los más grandes papas de nuestra Iglesia.

Siento no extenderme más, pero no quiero abusar de la amabilidad del diario NOVEDADES, restándole más espacio. Por otro lado, temo no convencerle a usted, pues si no se ha convencido al cabo de treinta años, no va a lograrlo mi modesta pluma.

¡Ya ve señor Valera! Dos españoles hemos escrito sobre un mismo tema. Los dos desde Europa a un diario mexicano. Usted desde París y yo desde Madrid. ¡Qué cerca y, sin embargo, qué distantes el uno del otro, y qué lástima que al cabo de tantos años sigamos sin comprendernos por algo que yo veo con una claridad meridiana.

Le saluda. fdo.: Juan José Martínez Zato.

Publicado en NOVEDADES, México, 5 de abril de 1965.

* * *

¿QUÉ? ¿TAMBIÉN JESUCRISTO FUE DERROTADO?

"Estimado señor Beteta: El artículo del señor Martínez Zato, publicado en la Tribuna Nacional (abril 5), me ha hecho reaccionar con la réplica que le adjunto. Le ruego que, si lo

encuentra digno de ser publicado, pues lo haga. Para eso lo envío, ¿no? Claro está que, si no logra su aprobación... ¡Bendito sea Dios;

Alvaro Arrechavaleta Aguirremota, Calle República de El Salvador 59, apartamento 4, altos. México 1, D. F.

¿Cómo es posible que se haya dado réplica al artículo, sereno y ponderado de F. Valera, con esa aberración, que es la respuesta de Juan José Martínez Zato? Eso de Los dos Filos de la Navaja, parodiándolo, diré:

"Dedico este artículo a los españoles que sufrieron persecución y muerte por el solo delito de figurar en las listas de votantes de candidatos elegidos libremente por su conciencia, conciencia dotada por Dios.

El señor Zato encabeza su artículo diciendo: a) Dedicado a los católicos españoles que fueron objeto de persecución y muerte, por el solo hecho de ser católicos. b) Dice también que España es enteramente católica desde que, al través de Roma, la catequizaron los apóstoles. c) Que según "Solidaridad Obrera" de 26 de julio de 1936, se decía: d) "No queda ninguna iglesia ni convento en pie".

Vayamos por partes, señor Zato. Si España era enteramente católica, ¿cómo se explica que hubiera españoles que mataban católicos, por el mero hecho de serlo? ¿Qué eran entonces quienes los mataban? Si todo católico hubiera sido suprimido por el solo hecho de serlo, España se hubiera despoblado y Dios habría de crear una nueva "edénica" pareja que fuese al Paraíso Terrenal que ustedes presumen. ¿Cuál es, la cualidad cristiana de un pueblo (¿lo es?) que se dice ente-

ramente católico y genera y desata tres guerras civiles en el lapso aproximado de un siglo? ¿Y que, en la última, cosecha un millón de muertos? Si toda España era católica, ¿por qué necesitó sublevarse esa trilogía de clero, castrenses y capital? ¿Y, por qué fue invadida España desde Marruecos, por los "genízaros acaparadores de un falso patriotismo" al mando de los muy creyentes moros, cuya expulsión desde que se inició la reconquista, costara tanta sangre española?

¿Por qué, antes de sublevarse, pidieron la ayuda militar incondicional de las huestes nazis de Hitler, y las fascistas de Mussolini? Y, a pesar de todos los pesares, ¿cuántos años, meses y días, necesitaron para acabar con el orden legal, constituido por el pueblo español? ¿No que la voz de los pueblos es la voz de Dios? ¿Por qué acallaron la voz de nuestro pueblo, en una "cruzada" de nada espirituales armas, como eran los junkers, "capronis", "stukas", "messersmith", "fiats", "heinkels", amén de unidades submarinas y de superficie de las escuadras de la Alemania nazi y de la fascista Italia? Si no quedó una iglesia, ni convento en pie, ¿volvieron ustedes a edificar todas ellas? ¡Los felicito, señor Zato! Cuando menos, tienen una nueva fachada eclesiástica, totalmente nueva. ¿Sostiene usted esto sin sonrojarse, faltando a sabiendas al octavo mandamiento?

* * *

¿De veras cree usted que fuimos derrotados? Entonces, ¿de dónde sacamos esta fe que nos hace tan llevadero el infortunio? ¿Sostendría usted que Cristo fue derrotado, porque lo crucificaron? También entonces hubo una víctima y unos vic-

timarios. ¡Y qué coincidencia! Los victimarios fueron la misma trilogía: Pilatos, Caifás, Herodes.

No dijo Jesús: ¿Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos? ¿De qué cree usted que estarán hambrientos los españoles (todos) que, como El, padecieron sufrimientos y las consecuencias de una inhumana díz que justicia, odio, el calvario de las cárceles, campos de concentración, exilio y muerte, por esos mundos de Dios? Y lo repito, me refiero a todos los españoles.

Por otra parte: ¿Es usted acaso impartidor de avales, para sentarse a la diestra de Dios Padre? Por favor: ¡No se atribuya funciones que no le competen! Dios no ha delegado en nadie su misión. El nos hizo ¡libres! y analfabetos. El hecho de poder emborronar unas cuartillas, con mayor o menor énfasis, no da el derecho inquisitorial de absolver o condenar a los seres por El creados. Esas son funciones de quien nos dio vida espiritual. Y más, nos hizo ¡analfabetos! O sea, que el analfabeto, sin distinción de raza o de sexo, es también hijo de Dios, y por tanto, digno de ser respetado como ser por El creado. Le sugiero una profunda meditación cristiana, ¿es cristiano usted, acaso?, y que haga un acto de contrición. Y al través de esa meditación exploratoria de su desértico interior, a ver si halla entre las células de su organismo, el vacío de los sentimientos de su alma, o algo que se asemeje a las prédicas, a la doctrina del Redentor, por muy católico que usted propale o proclame ser, a los cuatro vientos. Imagino a Jesús vejado, derrotado, escarnecido y mofado, mas, también con la serenidad divina del que posee la verdad, sostenida con entereza, sin alardes y con el rostro transfigurado, la mirada profunda, límpida, arros-

trando su destino implacable, ¡su vía crucis! ¿No le sucedió al pueblo español algo parecido, por causas que sólo El puede calificar y fallar, señor inquisidor Zato?

Le sugiero paciencia y que espere sentado el juicio de la Historia Universal (no la franquista) y el fallo inapelable de Dios, donde habremos de presentarnos, sin el matiz de una ficha de clasificación, de significado político o religioso. El nos juzgará. A cada cual. No por haber sido católico o budista, falangista o comunista, pretoriano o demócrata, sino por las cualidades de la desnudez de nuestra alma, vestida por sus acciones. Y en el fiel de la balanza imaginaria e imponderable, la supuesta aguja indicadora habrá de inclinarse a uno de los platillos, hacia el lado que el Creador nos haya dotado con sus cualidades positivas o negativas, de individuales dotes del conocimiento del bien o del mal. Y si usted se cree tan "salsa", tan "juzgador" y tan "condenador", le recuerdo dos de las sentencias de Cristo: "Con la vara que midas, serás medido. Y, sobre todo, aquella de la mujer adúltera: El que esté exento de culpa arroje la primera piedra".

Publicado en NOVEDADES, México 17 de abril de 1965.

* * *

NOBLE EJECUTORIA DEL EXILIO

POR FERNANDO VALERA

A la memoria de mi venerado maestro y amigo don Manuel Castillo, gran español y gran liberal, muerto a los 95 años de edad en el exilio

a) UN PUEBLO SIN PATRIA

Dicen que el abad de Monserrat se dispone a emprender, discretamente, el camino del exilio. ¿Su delito? Haber dicho en voz alta su verdad, la misma verdad enunciada por Juan XXIII en sus encíclicas; acaso haber intercedido en favor de los presos políticos en Cataluña; quizás también haberse lamentado, a destiempo, de que un régimen que se llama a sí mismo cristiano no haya sabido dar a España veinticinco años de paz en vez de veinticinco años de victoria.

Paréceme oportuno recordar ahora que en 1960, cuando acaecieron en Cataluña las manifestaciones de los patriotas recientemente juzgados por los tribunales franquistas, un grupo de sacerdotes solicitó en vano la intervención del obispo de Barcelona para que se pusiera coto a las torturas en las comisarías de policía. El señor obispo no se atrevió, temiendo las represalias. ¿Qué régimen de paz civil es ese en que hasta los prelados tienen miedo de practicar la caridad cristiana?

“La policía tortura en todas partes”, dicen que dijo el pobre prelado para justificar su *ponciopilatismo*.

“Sí, señor obispo; pero sólo que aquí se tortura con el rosario en la mano”, rearguyó el ilustre sacerdote catalán.

Una de las supremas virtudes, universalmente celebradas por los protectores y cómplices del lobo franquista es la capacidad infinita de simulación de éste para disfrazarse de cordero. Democracia, libertad, civilización occidental, cristianismo, no son en España sino máscaras y antifaces que el régimen se quita y se pone cuando ha de concurrir al carnaval diplomático que, por su parte, no le exige otra cosa. Por eso, nada resulta tan intolerable como la sinceridad en labios de una persona venerable que, con palabras suaves, pero firmes, llama al disfraz, disfraz, y a la mentira, mentira.

La misma noche que el caudillo anunciaba por las antenas de su radiotelevisión la promesa —porque hasta ahora sólo es una promesa— de relativa libertad religiosa para los judíos y protestantes, las autoridades españolas maniobraban para que los radios de Andorra no pudieran difundir el sermón del abad mitrado de Monserrat, sermón que precisamente estaba consagrado a explicar lo que la Iglesia Católica entiende por libertad religiosa.

¿Qué libertad religiosa cabe esperar de un régimen que, llamándose cristiano, coarta la libre expresión de una autoridad eclesiástica, por la mera sospecha de que pueda revelar a los católicos catalanes algunas de las enseñanzas propugnadas por los padres conciliares e ilustradas en las encíclicas de los papas? Verdad es que, por otra parte, aunque a muchos les sorprenden como si fueran novedades, son en realidad tan antiguas como los evangelios, los santos y los doctores, más venerados que leídos, desgraciadamente, en España.

El abad de Monserrat, español de Cataluña o catalán de España, según él mismo tuvo la valentía de definirse, aun a riesgo de disgustar a los fanáticos separatistas y separadores, se incorpora a la legión innumerable de tantos y tantos ilustres españoles que no fueran españoles ni ilustres, si no hubieran conocido la cárcel o el destierro.

Cierto que la ingratitud para con los mejores ciudadanos debe ser condición universal de los Estados y no vicio exclusivo de los autoritarios, pues que ya la democracia ateniense condenó al gran Temístocles, salvador de Grecia, al ostracismo, y al virtuoso Sócrates, padre de la filosofía, al suicidio. He leído en no sé qué autor clásico que, como los ciudadanos de Atenas llorasen viendo que el gran Temístocles partía al destierro, éste les consoló diciendo: "¿Por qué lloráis? ¿No fue éste siempre el premio que la república reservó a los mejores ciudadanos?"

Y según se lee en Platón y en Xenofonte, su maestro, Sócrates se despidió serenamente de sus jueces profetizándoles: "Heme en la hora de la vida en que el hombre goza de mayores dones proféticos, cuando se dispone a expirar. Os anuncio, a vosotros que me obligáis a morir, que cuando yo haya desaparecido sufriréis más duras penas que la que a mí me habéis infligido. Habéis creído que condenándome os liberaríais de quien censura vuestros crímenes, y os engañáis: otros censores más jóvenes y numerosos surgirán para reprochároslo. Sólo hay una manera honrosa, fácil y eficaz de librarse de la censura: hacerse hombre de bien. Yo me voy, a morir, y vosotros os quedáis en vida. ¿Quién es más desgraciado? Sólo Dios lo sabe".

Así también hoy, el buen abad de Monserrat, como antes

de él los ilustres desterrados españoles que le precedieron en el camino del exilio, podría profetizar al caudillo y a su corte de sicofantes: no os liberaréis de la pública censura echándome de mi tierra. Otros censores vendrán detrás de mí que repudiarán vuestra tiranía. Sólo hay una manera honrosa, eficaz y fácil para liberarse del título de tirano, y es devolver a los ciudadanos sus libertades, y a los pueblos su soberanía.

París, marzo de 1965.

Publicado en NOVEDADES, México 31 Mayo 1965.

* * *

b) LA CIUDADANIA EXILADA

Enseña la historia que en todos los tiempos y lugares el poder autoritario se ensañó contra los hombres ilustres que no se plegaban a los desafueros de la tiranía. Menéndez y Pelayo ha podido decir, al reeditar la versión castellana de los *Relatos de Tucídides* —que Diego Gracián hizo para divertimento de su señor, el emperador Carlos V— que el destierro fue siempre fecundo para las letras. En efecto, si Tucídides no hubiera sido desterrado de Atenas, jamás habría escrito su prodigiosa historia de las guerras del Peloponeso. En el destierro escribieron también: Ovidio, sus mejores Elegías, *Las Tristes*; Séneca, sus más profundos tratados filosóficos; Maimónides su *Guía de los*

Descarriados y su *Mishna-Torab*; Averroes, su *Kitaf-Falsafat*, y Dante, su *Divina Comedia*.

Sí, en todas partes se cuecen habas; pero sólo en España se cuecen a calderadas. España es una patria terrible madrastra feroz de sus hijos que parece haberse complacido en atormentar, deshonorar, desterrar, encarcelar y exterminar a los mejores, sin perjuicio de apropiarse, después de muertos, sus laureles inmarcesibles.

Díganlo los grandes héroes que tantas veces recibieron la ingratitud de los reyes en pago de sus hazañas, ya se trate de caudillos de epopeya, como Bernardo del Carpio, el conde Fernán González o el Cid Campeador, ya de navegantes eximios como Cristóbal Colón o don Alvaro de Bazán, vencedor de Lepanto; ora de insignes capitanes como Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba a quien Felipe II encomendó la conquista de Portugal, sin quitarle los grilletes de los pies, o el gran duque de Osuna "a quien dieron cárcel y muerte las Españas", según el inmortal soneto de Quevedo; ora de conquistadores legendarios como Hernán Cortés o de guerrilleros invictos como El Empecinado.

Díganlo nuestros poetas, desde el dulce Garcilaso a los contemporáneos Machado y Juan Ramón Jiménez, pasando por el neoclásico Jovellanos y por los románticos Espronceda y el duque de Rivas que, desterrado en Orleáns, concibió su *Don Alvaro o la Fuerza del Sino*. Los libros más celebrados de la literatura española fueron engendrados en la cárcel "donde toda incomodidad tiene su asiento", o en el destierro: el *Libro del Buen Amor* del genial Arcipreste, el *Quijote*, los sublimes tratados filosóficos del gran Quevedo, el *Diálogo de la Lengua*

de Valdés o los diálogos de *Los Nombres de Cristo* de Fray Luis de León.

Díganlo, en fin, nuestros santos. De San Vicente Ferrer, el portentoso orador, político y taumaturgo, se cuenta que, expulsado de su ciudad natal por la calumnia, sacudió el polvo de sus sandalias al marcharse para siempre de Valencia. A las afueras de Avila hay un templete que conmemora una escena parecida atribuida a Santa Teresa de Jesús, pisoteada y ultrajada antes a la puerta de un convento de monjas relajadas, remisas a los rigores y austeridades de su reforma carmelitana; y de San Juan de la Cruz se dice que concibió los arrobos de *La Noche Oscura del Alma*, en la oscura noche de una letrina del convento de frailes calzados de Toledo, convertida en mazmorra donde los hermanos de la comunidad descendían antes de las colaciones para abrirse el apetito dando sendos latigazos —y qué latigazos, latigazos de fraile— en las desgarradas espaldas del Santo. Y hasta San Ignacio de Loyola, harto de sufrir injurias y encarcelamientos en España, se desterró voluntariamente durante los veintidós últimos años de su vida, buscando en otras tierras menos ásperas campo abierto donde desplegar sus altas empresas de caballero andante a lo divino.

* * *

A esa luminosa teoría de grandes españoles se han sumado las emigraciones liberales del siglo XIX y, últimamente, la gloriosa emigración republicana de 1939, donde figuraban a miles, labradores, obreros de todos los oficios, artesanos, artistas de todas las artes, atletas, futbolistas, boxeadores, médicos, letrados, maestros, sacerdotes, catedráticos, magistrados, diplo-

máticos y militares: todo un pueblo echado de España, como antaño los sefardíes y los moriscos, por el odio, la cerrilidad y la intolerancia.

Evocaremos algunos nombres señeros para dar idea de la decapitación y desmembración que el odio caínita perpetró en el cuerpo y en el alma de una nación vencida: Felipe Sánchez Román, representaba el Derecho Civil; Jiménez de Asúa y Ruiz Funes, el Derecho Penal; don Mariano Gómez, el Tribunal Supremo en la Justicia y el Derecho Político en la Universidad; Altamira y Sánchez Albornoz, la historia; Gaos, Imaz, García Bacca, Xiráu, la filosofía; don Luis de Zulueta, la pedagogía; Castrovido, Zozaya y Fabián Vidal, el periodismo; don Blas Cabrera, la física nuclear; Martínez Risco, la física ondulatoria; el general Herrera, la aviación y la astronáutica; Bolívar y Rioja, las Ciencias Naturales; Odón de Buen, la Oceanografía; Negrín, la histología; Honorato de Castro, la Astronomía; el doctor Otero, la Ginecología; Del Río Ortega, la Canceroología; Machado, Juan Ramón, Alberti, Salinas..., la poesía; Pablo Casals y Manuel de Falla, la Música. Y tantos y tantos más, cuyos nombres me obliga a silenciar el tasado espacio de una crónica periodística.

Mas no quiero cerrar esta letanía de ilustres desterrados, sin consagrar un último y emocionado recuerdo al un tiempo cardenal primado de España y arzobispo metropolitano de Tarragona monseñor Vidal y Barraquer, cuyos restos mortales yacen en un cementerio recogido de los Alpes, a la espera de que su Cataluña pueda ofrecerle un puñado de tierra libre donde dormir dignamente el sueño de la eternidad. Y diz que en su losa sepulcral se esculpieron, por voluntad expresa del finado, las

trágicas palabras con que se despidió de este mundo el gran papa Gregorio VII. "He odiado la iniquidad y amado la justicia: por eso muero en exilio".

Publicado en NOVEDADES México, 7 Abril 1965.

* * *

INSISTENCIA EN EL RENCOR

Muy señor mío: Con sumo placer, recibí carta de México, en donde se me envía un recorte del periódico dirigido por usted, en que se publica mi carta abierta a don Fernando Valera. Mucho me ha agradado la oportunidad de contestar al mencionado señor, pues como a él le decía, lo consideraba a la vez un derecho y un deber. Y más aún, que haya tenido lugar a través de un diario mexicano, pues bien sabe usted las simpatías que aquí despierta todo lo relacionado con Hispanoamérica, dentro de la cual México desempeña un papel tan importante.

También han llegado a mi poder varias cartas felicitándome por mi artículo, lo que me alegra enormemente, no sólo por el hecho de la publicación en sí, sino al comprobar la actitud de estos españoles residentes fuera de su país, que siguen sabiendo de qué lado estuvo y está la razón, la justicia, el derecho; la paz, piedad, perdón, a pesar del señor Valera y de todos los señores Valeras que pululan por estos mundos de Dios. En una de esas cartas, se me envía igualmente el nuevo artículo de este señor, esta vez bajo la rúbrica *La Noble Ejecutoria del Exilio*.

Comoquiera, si ello cabe, que lo considero aún más lamentable y falso que el anterior, es por lo que le pido de nuevo, ejercitar el derecho de réplica, con el fin de poner otra vez "los puntos sobre las íes". Usted sabrá perdonarme, pero este impetuoso español no puede permanecer callado ante artículos del calibre de los que el señor Valera firma. Espero, pues, con ansiedad, noticias tuyas, para ver si considera oportuna esta nueva publicación, si ello no atenta a la amable paciencia del diario NOVEDADES, árbitro de esta polémica suscitada, tan apasionante para todos los españoles y para aquellos que, aun no siéndolo, son, sin embargo, amantes de la verdad. Si de toda discusión sale luz, discutamos pues, para comprobar dónde está la *Verdad*, aunque todo hombre de buena fe no puede albergar duda alguna sobre el particular.

De nuevo señor director, le repito que quedo a su completa disposición para lo que guste, y en espera de noticias tuyas y dándole por anticipado las más expresivas gracias, le saluda muy atentamente, su afmo. s. s.

q. e. s. m.

Lic. Juan José Martínez Zato, Madrid, 14 de
Abril de 1965.

* * *

VANO INTENTO DE UN DIÁLOGO ENTRE ESPAÑOLES

Sr. Director de NOVEDADES,
MEXICO, D. F.

Distinguido señor director y querido amigo:

Lamentando abusar de su hospitalidad, y de la paciencia de sus lectores, le envío esta carta abierta, en tres artículos, contestando a la del licenciado J. J. Martínez Zato, de Madrid.

No insistiré en la polémica, que yo quisiera diálogo, aun cuando de nuevo fuera invitado; porque entiendo que es en España y ante el pueblo español donde habrán de ventilarse estas querellas, si algún día España llega a recobrar las libertades de que gozaba durante los tiempos de la República liberal y democrática.

Bien sería que el señor Martínez Zato, en vez de abrumar a los mexicanos con sus enfáticas declaraciones encomiásticas del régimen franquista, exigiera de las autoridades españolas para mis artículos, la misma generosa hospitalidad que los suyos han merecido en México, porque México sí que es un pueblo libre.

Muchas gracias. Suyo afectísimo amigo,

FERNANDO VALERA.

a) ¿RELIGIÓN O MITOLOGÍA?

Distinguido señor Martínez Zato: Con mucho retraso, a mi regreso de Roma, me llegan por diversos conductos recortes de su CARTA ABIERTA publicada en NOVEDADES de México el 5 de abril, que usted dice ser réplica a mi artículo de 17 de marzo: LOS SILENCIOS DE PIO XII. No achaque, pues, a descortesía mi tardanza en contestarle.

Dice usted que mi artículo le ha indignado. A mí, su CARTA, hartó más agresiva, no me indigna; sí me sorprende, porque apenas si dice usted en ella nada que tenga que ver con mi artículo. Yo he escrito uno, y usted ha leído otro. Me atribuye usted, no ya irrespetuosidad, sino injurias a la que yo llamo *excelsa personalidad de Pío XII*, cuando la mayor parte de mi artículo se consagraba precisamente a indagar las altas motivaciones de índole moral y caritativo que puedan explicar sus silencios. Es decir, que usted se acoge a la vieja argucia del *domínico que se forja un maniqueo absurdo, para darse el placer de refutar al maniqueo*, de que habla don José Ortega y Gasset.

* * *

En resumen, lo que yo creo haber escrito se reduce a lo siguiente: primero, registrar el hecho —porque se trata de un hecho, y los hechos pueden ser interpretados, pero no declarados inexistentes— de que en la prensa, en el libro, en la tribuna, en el teatro y hasta en los parlamentos de Europa, no hace mucho, en el de Roma, se comentan los silencios de Pío XII, ante la bárbara represión hitleriana. Segundo, buscar, por mi parte, la explicación de tales silencios, en las responsabilidades de Pío XII como jefe de la Iglesia o en estímulos caritativos. Lea usted con mayor serenidad mi artículo, y comprobará que eso es lo que digo, con palabras que a mí me parecen, permítame que se lo diga, más respetuosas para tan excelso personaje, que las enfáticas y apasionadas divagaciones de su CARTA ABIERTA. Y tercero, enunciar la existencia de otros silencios más difícilmente explicables, de los cuales nadie aún había

hablado: los silencios —y ahora añadiré las palabras y los actos— de Pío XII durante la guerra civil española, y durante la feroz represión que todavía dura, dónde y cuándo la llamada a la piedad, que viene de tan alta cumbre, habría sin duda contribuido a mitigar los sufrimientos de un pueblo cristiano. Otras plumas más autorizadas que la mía, de insignes escritores católicos, como por ejemplo Francois Mauriac, han lanzado patéticas expresiones acerca de “la voz que esperaban haber oído, viniendo de una colina de Roma, y que permaneció muda ante la angustia del universo”.

* * *

No; lo que ha soliviantado su ánimo y suscitado su indignación, no son los pretendidos agravios inferidos a un personaje excelso por la particular manera que usted ha tenido de leer e interpretar mi artículo, no por mi artículo mismo. Lo que le solivianta e irrita es que tanto en la dedicatoria al ilustre general don Emilio Herrera, sabio, leal y católico, mal que a usted le pese, como en mis citas y argumentos se ponga en entredicho el monopolio del patriotismo y de la religión que tan alegre e impiamente vienen usufructuando ustedes, los franquistas, desde 1936.

Desde aquella fecha infausta están ustedes sumergidos en un ambiente de mentira, sometidos a la intoxicación de la mitología estatal, víctimas del sistemático *lavado de cerebro* que Goebbels inventara para aplicar a la propaganda política las técnicas psicológicas de los *reflejos condicionados*. Por eso, me parece natural y piadosamente explicable que se indignen y alboroten al advertir que fuera de España, donde por fortuna

no nos alcanza todavía la implacable censura franquista, haya españoles no intoxicados de la satánica borrachera del odio y de la mentira, que entendamos y expliquemos la historia y la política de manera harto diferente a como la enseñan los turiferarios del caudillo carismático y los hierofantes de su mitología. Porque, permítame que se lo diga, la mayor parte de lo que usted con tanto énfasis afirma en su CARTA ABIERTA, no es, al menos a mí no me lo parece, ni historia, ni religión, ni política, sino mitología.

* * *

No me creo autorizado a abrumar a los lectores de NOVEDADES desmenuzando y rebatiendo cada uno de los artículos de fe de ese credo mitológico. Lo vengo haciendo desde hace veintiséis años que salí al destierro, con el solo designio de reivindicar el honor ultrajado de mi pueblo y de mi patria, a quienes ustedes presentan ante el mundo como una horda de bárbaros condenada por su propia ferocidad innata a vivir bajo el guantelete de hierro de un caudillo providencial. Y es cosa curiosa y asaz significativa que la prensa de España se ocupe con cierta frecuencia, que me honra, de mis artículos, para tergiversarlos, adulterarlos y combatirlos, sin permitir jamás que el pueblo español sepa lo que yo verdaderamente he dicho o escrito: tanto es el miedo que los mitólogos tienen a mi verdad, que, aunque modesta, también es una parte o aspecto de LA VERDAD.

Conste que tanto la expresión *borrachera de mentiras*, como el calificativo de satánica no son originales partos de mi entendimiento, sino mera transcripción de lo que he oído de

labios de un ilustre eclesiástico español, cuyo nombre me callo para no llamar persecuciones sobre su cabeza. Adopto esas expresiones porque, en efecto, esa pretensión desahogada de asumir la posesión exclusiva y totalitaria de LA VERDAD, no es sino soberbia, el pecado de Satán, el primer pecado que hubo en el mundo, anterior a la curiosidad de Eva y al odio de Caín, fuente aquella del dolor universal, e impulso este del primer fratricidio. La soberbia satánica nos ha condenado al silencio, privándonos del derecho esencial —que también es deber— de la conciencia humana de buscar y expresar la verdad, aun a riesgo de equivocarnos. ¿Quién es el Estado, ni siquiera el Estado franquista, para imponer el silencio a una conciencia humana que salió libre de las manos de su Creador? ¿Qué soberbia, si no la de Satán, se atribuiría tamaña competencia, como es la de enmendar las leyes divinas?

Fue su admirado Pío XII quien en discurso memorable que puede usted leer en el *Osservatore Romano* de 7-8 de diciembre de 1953, enseñaba que la Providencia había querido que el error y el pecado existieran en el mundo, *por causa de la verdad*, pues que, en otro caso, Dios, que es omnipotente, habría decretado su inexistencia: *l'errore e il peccato si trovano nel mondo in ampia misura. Iddio li riprova eppure li lascia esistere*. Sólo los Estados totalitarios, (por lo que tienen de paganía, aun cuando se enmascaren de cristianos) se consideran más sabios y poderosos que el Creador y se atreven a enmendarle la plana instituyendo la profesión obligatoria y exclusiva de su verdad: la verdad del poder, que rara vez coincide con la verdadera verdad, es decir, con la verdad de Dios.

* * *

Mas no es mi propósito adentrarme por el arenal movedizo de la polémica teológica, en la que me considero incompetente. He querido simplemente dejar constancia de que no comparto la pretensión desaforada de ciertos católicos españoles que identifican sus personales opiniones y creencias —otra vez el orgullo satánico— con el universo vastísimo de la revelación cristiana, negando a los demás hombres la capacidad de concebir, y el derecho a expresar la parte de verdad que, sin duda, a todas las conciencias ilumina, por aquello que San Juan de la Cruz enseñaba de que el Cristo está en la esencia de todas las almas, aun las caídas en el error y en el pecado.

Aténgome a la dulce, bella y consoladora enseñanza del padre Francisco de Osuna, en cuyo TERCER ABECEDARIO, guía espiritual de Santa Teresa, se leen estas luminosas palabras: "Si con atención y sanos ojos mirares, apenas hallarás hombre en todo el mundo que no tenga algo de bien. En todos debes mirar lo bueno, y la virtud que vieres tener preferencia en él, síguela y alábala; porque uno tiene la virtud de mansedumbre, otro resplandece en pobreza, otro en discreción, otro en humildad y menosprecio de sí mismo, otro en ser diligente y presto al bien, otro en ser bien criado y honesto, otro en ser tierno y compasivo; y, de esta manera, verás repartidas en los hombres las virtudes, como las buenas propiedades en las piedras preciosas." "Ni quiero que pienses que en ninguna parte resplandece el sol común del día, sino en tu celda, y que en ninguna parte hay sereno, sino cerca de ti, y que en ninguna parte obra la gracia de Dios, sino en tu conciencia. Porque muchas son las puertas de la celestial Jerusalén, como dice San Juan, y muchas las ventanas a do vuelan las palomas, y muchas las

rejas de las vírgenes aguardan para ver si viene el Esposo, y muchas se dicen ser las vías del Señor. Vaya cada uno, pues, por donde quisiere, y no le estorbes, ni pienses que va errado, porque no va por tu camino".

París, mayo 10.

* * *

b) LA CRUZADA IMPOSIBLE

Dejemos a Dios las cosas de Dios, y vengamos a los quehaceres humanos. La dedicatoria de su CARTA ABIERTA: "A todos los católicos que fueron objeto de persecución y muerte durante la guerra española, por el mero hecho de ser eso, católicos", resume a mi ver todo lo que hay de verdad y de mitología en su documento.

Hay, en primer término, una dolorosa verdad; que hubo católicos que padecieron persecución y muerte *durante la guerra civil*; luego la responsabilidad de sus sufrimientos recae principalmente sobre quienes la desencadenaron. Es evidente que si los generales rebeldes —y añadido el adjetivo rebeldes, para distinguirlos de los generales leales, que también los hubo—, no se hubieran sublevado contra la ley, no habría habido guerra civil ni católicos que durante ella fueran objeto de persecución y muerte, tales como, por ejemplo, los inocentes sacerdotes vascos fusilados por Franco, santos varones a quienes sólo puede reprochárseles el flamante y peregrino delito de no

haber querido sublevarse contra el gobierno legal de su país y de haber compartido el dolor de su pueblo

Y hay, además, en la dedicatoria de Ud. una falsedad que da testimonio elocuentísimo su propia CARTA ABIERTA, es a saber, el de que "fueron objeto de persecución y muerte por el mero hecho de ser eso: católicos". Ud. mismo se contradice más adelante al afirmar que "la guerra civil tenía caracteres de verdadera cruzada, por tratar precisamente los nacionales de restablecer la religión católica", única según Ud. de los españoles, "desde que los apóstoles la extendieron desde Roma, *urbi et orbe*", aunque la historia enseña cosa distinta.

* * *

Ahora bien, si la guerra civil era una cruzada —mejor dicho, si la audacia de los nacionales, apoyada por la desdichada Carta Pastoral de los preladados y por los silencios de Roma, concibió la impía maniobra estratégica de cubrir una rebelión militar con el título de Cruzada—, entonces, automáticamente, los católicos quedaban convertidos en rebeldes, en beligerantes, en cruzados. Luego no sufrieron persecución y muerte por el mero hecho de ser eso: católicos, sino porque, sin consentimiento suyo, se les hizo cruzados, es decir, guerreros, combatientes, soldados. Y el riesgo de matar y morir es inherente a la condición misma del soldado. En ello consiste la servidumbre y grandeza militar de que escribió Alfredo de Vigny.

Y eso era precisamente lo que yo quería decir en mi artículo: Que nunca se debió convertir en Cruzada una guerra civil entre cristianos, una guerra en que no intervinieron otros

infieles que los mercenarios mahometanos traídos de Marruecos "para restaurar la religión católica", tal como Ud. la entiende, que no es exactamente como la enseñan los pontífices y concilios de la Iglesia.

Yo no sé los quilates de catolicidad que pudieran tener los generales rebeldes. De algunos, se dice que eran o habían sido francmasones, como Queipo del Llano y Cabanellas, lo que no es incompatible para que pudieran ser buenos cristianos. "Hermanos separados" les llaman ahora los Padres Conciliares. Lo que sí me consta es que entre los generales republicanos los había de un catolicismo fervoroso, inmovible, a prueba no ya de bomba, sino de Carta Pastoral y de Cruzada, tales como el general y académico de ciencias Emilio Herrera y el jefe del Estado Mayor del ejército republicano don Vicente Rojo quien durante toda la guerra tuvo en el dosel de su despacho un crucifijo, para que el Señor le inspirara el mejor cumplimiento de su deber, como él mismo dijo en arenga memorable a sus soldados, ¡los soldados de un ejército ateo y comunista!

* * *

No, señor Martínez Zato, no. La guerra civil no podía, no debía ser, no fue una Cruzada. Cuando se produjo la insurrección de una parte considerable del ejército, alentada, sostenida y al cabo impuesta al país por la intervención extranjera de los Estados paganos de Hitler y Mussolini, la Iglesia disfrutaba de plena libertad y respeto en la esfera propia de su competencia, merced precisamente a la separación de la Iglesia y el Estado decretada por la República. No estaba, como hoy, vin-

culada y en cierto modo dependiente del poder político. Ni un solo sacerdote, en cuanto tal, había sido molestado, ni un solo templo clausurado por el gobierno. Lo que no quiere decir que los legisladores y gobernantes dejáramos de incurrir, en ésta como en otras esferas de actividad, en errores y torpezas de que no está jamás exenta la condición humana.

Cierto que algunos templos habían sido incendiados por elementos populares, irritados a causa de la imprudente acción conspirativa de algunos sacerdotes y prelados que convertían el púlpito en trincheras políticas, y las sacristías y monasterios en depósitos de armas y fábricas de bombas, cosa que ahora se puede probar documentalmente con el testimonio escrito de los propios protagonistas. También es hoy cosa sabida, para todo el que quiera enterarse, sin más que leer los libros de los conspiradores monarcofalangistas, que éstos practicaron abiertamente en España la técnica subversiva hitleriana de "incendiar el Reich para justificar la rebelión contra el Reich", turbar el orden de la sociedad para crear el pretexto de sublevarse con el fin de salvar a la sociedad del desorden. Pero no menos cierto es, y también puede hoy probarse documentalmente, que la furia incendiaria e iconoclasta, atizada pérfidamente en la sombra por los agentes de la subversión, fue siempre contenida y refrenada por las fuerzas de orden público del gobierno republicano.

* * *

Lo evidente, lo fáctico, lo indiscutible es que antes del 16 de julio de 1936, la agitación social aun siendo inquietante, no había llegado a alcanzar en España la virulencia ni las di-

mensiones que nosotros, los desterrados, hemos visto y padecido en Francia, en Inglaterra, en los propios Estados Unidos, sin que por ello el ejército francés, la marina de Su Majestad y el Pentágono se considerasen obligados a desencadenar sendas guerras civiles, ni las iglesias a predicar la Cruzada.

Uno de los ardidés de la mitología franquista consiste en trabucar la cronología, adulterando la concatenación causal de los acontecimientos. No es exacto, como Ud. dice, que la jerarquía española predicó la Cruzada, porque la Iglesia había sido perseguida; por el contrario, lo cierto es que los cruzados padecieron persecución y muerte *después* y en buena parte a causa de que *antes* muchos eclesiásticos se habían empeñado en hacer beligerante a la Iglesia Española en la rebelión y guerra civil que estaban preparando.

Es igualmente cierto que la persecución no procedió nunca del gobierno sino del pueblo; un pueblo que Ud. mismo afirma que no era ni puede ser otra cosa que católico; un pueblo desesperado, enfurecido, receloso de la traición que por dondequiera le circundaba; un pueblo que, en fin de cuentas, mataba y moría en defensa de la ley. Y la violencia popular desencadenada —otro dato cronológico que la mitología franquista escamotea— solamente tuvo lugar en los primeros meses de la guerra, durante el breve tiempo que la república tardó en rehacer el dispositivo del Estado, desmantelado por la deserción de sus servidores. Seguramente la violencia del pueblo fue en muchos casos excesiva, por espontánea; seguramente muchas veces pagaron justos por pecadores, como irremediablemente acaece en trances semejantes. Todos los españoles de nuestra generación tenemos alguna parte de responsabilidad en los crí-

menes de la guerra; unos por perfidia, otros por error, otros por impotencia; pero la mayor responsabilidad incumbe a quienes desataron la justa ira del pueblo, no en quienes la padecemos, la contuvimos y, a la postre, con abnegación y heroísmo que algún día reconocerá la historia, la aplacamos.

* * *

Dícese de una alta personalidad eclesiástica que desde el primer momento no compartió el infausto error de predicar la Cruzada, que, como alguien le adujera el manido y falaz argumento de que los rojos quemaban las iglesias, replicó con serenidad igual a su clarividencia. —“Sí, es posible. Los rojos quemar las iglesias; pero eso no es razón para que nosotros quememos LA IGLESIA”.

París, mayo 10.

* * *

c) LA LIBERTAD, CONDICIÓN DE LA PAZ

En este momento me llega noticia de que otro artículo mío, LA NOBLE EJECUTORIA DEL EXILIO, le ha soliviantado. Mis expresiones puramente defensivas del honor del pueblo español y de unos compatriotas ilustres, impunemente ultrajados y calumniados por la propaganda franquista, le parecen a usted insólitas e insoportables. Permítame redargüirle que el ensañamiento en el ultraje no me parece ilustrado con los resplandores de la caridad cristiana.

Pero de propósito no pensaba ni pienso descender al lodazal a que usted me invita, recogiendo y rebatiendo las invenciones de la propaganda franquista contra la República Española y contra sus hombres, tales como las inoportunas alusiones a “los ensangrentados tesoros del Vita” o la caprichosa y falaz interpretación que ustedes dan a la frase del señor Azaña: “España ha dejado de ser católica”. Frase quizás desafortunada, por demasiado sutil para las entendederas de las mentes de pedernal; pero que, desde luego, no quiso decir ni dice lo que los sicofantes de la hispanidad propalan impunemente, aprovechando la cerrada noche del silencio, el terror y la mentira, que desde hace tantos años gravita sobre España.

* * *

Como no tenemos derecho a abusar de la hospitalidad de NOVEDADES, ni de la paciencia de los lectores mexicanos, sólo me limitaré a añadir algunas consideraciones para cerrar esta ya demasiado extensa Carta Abierta. Sea la primera, lamentar, como usted, que al cabo de treinta años de empezada la guerra civil, “dos españoles, el uno desde París y el otro desde Madrid, sigamos sin entendernos”, por algo que usted ve con claridad meridiana, pero que a mí, y no sin fundamento, me parece noche tenebrosa. Y el hecho de que hayamos de dialogar en una tribuna mexicana, le revelaría a usted, ahora sí con claridad meridiana, la clave del porqué España sigue escindida en tres pueblos que se desconocen y, a las veces, se odian: la España dominadora, la España peregrina y la España de las catacumbas, la verdadera y eterna, que no somos ni ustedes ni nosotros, sino el pueblo de la noche y el silencio, y

que algún día hablará para castigo, asombro y espanto de todos.

No se podrá decir con verdad que "la guerra ha sido asimilada como hecho histórico", según lo desea y pretende el docto profesor Tierno Galván, y que la paz ha sido restaurada, mientras los españoles tengamos que dialogar en tribunas extranjeras, y no en España y ante nuestro pueblo, como lo exige la naturaleza misma y la decencia del diálogo.

Y de poco vale la actual consigna de la "apertura del régimen", si la condición del diálogo es que sea dirigido y frenado por la censura del señor Fraga Iribarne, y si la mayor libertad de expresión queda limitada como un privilegio a una oposición, si no domesticada, meramente consentida. Mientras la libertad de dialogar, cada uno desde sus propias ideas, no vuelva a existir en España, como existe en todos los pueblos civilizados y como existía en la era republicana de 1931-1936, todas las invitaciones al diálogo no serán más que monsergas y ardidés de la falaz mitología franquista, para enmascararse de democracia liberal y disfrazarse de europeísmo. Esa libertad con cuentagotas, cautelosa, mezquina e intermitente que se consiente a la oposición de Su Majestad, por mucha que sea la sinceridad y buena fe de los que se avienen a usar de ella, no puede engendrar el verdadero y fecundo diálogo. Sólo sirve para eternizar el desesperante, estéril y aburrido monólogo —ahora monólogo a dos voces— en que España se consume de estulticia, de odio y de miedo.

* * *

Sea la segunda consideración, reiterar una verdad que a usted parece haberle sacado de quicio, es a saber, que desde el

principio de la guerra y desencadenamiento de la violencia, fatalmente inherente a ella, los directores responsables del pueblo republicano, desde los católicos vascos, los liberales y los francmasones, hasta los socialistas, comunistas y anarquistas, espontáneamente, sin decírselo unos a otros, concibieron y practicaron, en su mayoría, la sublime divisa que ha quedado cincelada para la eternidad en las palabras del Presidente Azaña: PAZ, PIEDAD, PERDON.

He dicho y demostrado en otra ocasión que toda guerra civil es fecunda en crímenes y desafueros. La española no podía ser excepción de la regla universal. Por saberlo yo, me apliqué con tanto afán a predicar la paz civil y religiosa, apenas el odio cainita comenzó la siembra que habría de madurar en tan abundante cosecha de lágrimas, crímenes y proezas. Todas las guerras son feroces, y más que ningunas, las civiles; lo que ha sido un hecho nuevo en la historia, lo que honra al pueblo republicano y proclama la excepcional madurez cívica de España, fue la rapidez con que en plena desesperación, desamparado de todos, traicionado por doquiera, el pueblo republicano logró reconstruir en pocos meses un Estado de derecho, restablecer un orden legal, humanizar la guerra, abolir y castigar el terror e improvisar un ejército. Un ejército popular que supo hacer frente durante treinta meses al ejército profesional sublevado, reforzado por la morisma, robustecido por las legiones de Mussolini y los aviones de Hitler; un ejército popular que no habría sido vencido si a la intervención descarada y paladina de los dictadores totalitarios no se hubiera asociado la deserción cobarde de las democracias.

Y eso, la lucha, la victoria sobre el terror y el caos, eso es

la página inédita, la más gloriosa, que todavía no ha sabido descubrir ni relatar ninguno de los historiadores que se han asomado a estudiar la guerra y revolución de España.

* * *

Y por lo que personalmente me atañe, señor Martínez Zato, está usted muy mal informado acerca de mi persona. Yo no he tenido que padecer la guerra y el destierro para sentir la contrición por la parte de culpa que me pueda caber en los dolores de mi pueblo. Cien testimonios hay, testimonios que algún día sacarán a luz las futuras generaciones, cuando se haya desvanecido la noche del odio y la mentira, testimonios que perduran, estoy seguro de ello, en la memoria de la España de las catacumbas, testimonios de que siempre prediqué y practiqué la paz, el perdón, la convivencia, la misericordia, muchas veces con riesgo de mi vida; antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra. Porque a mí, que no me creo en posesión del bien y la verdad absolutos, y me siento pecador y falible, por ser humano, me duelen por igual todos los muertos y me avergüenzan todos los crímenes, y me enorgullecen todos los heroísmos y proezas de nuestra guerra civil, cualquiera que fuere el bando en que acaecieron.

Y aunque soy creyente, a mi manera, pues que nadie puede serlo a manera de otro, nunca acepté ni aceptaré la Cruzada; porque comparto el parecer de muchos eminentes teólogos e historiadores de la Iglesia, según los cuales "las Cruzadas fueron una desgraciada experiencia de los tiempos bárbaros, que la Iglesia padeció por lo que en ella había accidentalmente de bárbara, no por lo que hay en ella eternamente de cristiana."

En las enconadas luchas religiosas, no pertenezco al bando de los cruzados y los inquisidores; en todo caso, al de los mártires, pues soy demasiado pecador para enlistarme en el de los santos. Ni creo que las armas del Dios de amor y compasión, sean la espada de hierro y la corona de oro de Godofredo de Bouillon, sino la dulzura infinita y el sayal desgarrado de San Francisco de Asís.

París, 10 de mayo de 1965.

EPILOGO

EL CLAMOR DE UNA CONCIENCIA CRISTIANA

El ilustre General Herrera, que descansa ahora en la paz de Dios, envió la siguiente carta, en español, francés, inglés, alemán, italiano y latín, a todos los Padres Conciliares.

Muy pocos fueron los que se dignaron contestar con unas palabras piadosas a la llamada angustiosa de un creyente sincero, sabio y virtuoso, que sentía conmoverse los cimientos de su fe viendo que la Iglesia de la verdad y la caridad no se atrevía a dar la reparación debida al Pueblo Calumniado.

Transcribimos esta carta convencidos de que la noble actitud del General Herrera, que vivió y murió como católico ejemplar, en el exilio, redime a la Iglesia Española de las debilidades y errores de sus Prelados, y de que en su día, cuando vuelva la verdadera paz a España, esta carta será prenda de reconciliación entre la Religión y el Pueblo.

EL VICE-MARISCAL DEL AIRE EMILIO HERRERA Y
LINARES

Miembro de la Academia de Ciencias de España

Laureado de la Academia de Ciencias de Francia.
Comendador de la Orden de Cristo
Caballero de la Legión de Honor
15, rue Béranger
París 3eme.

A SUS EXCELENCIAS LOS MIEMBROS DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II.

Reverendos Padres Conciliares:

Millones de españoles, católicos, obligados a guardar silencio, sufren desde hace 25 años viendo a las altas autoridades representativas de su Religión adoptar actitudes que se apartan de los principios cristianos por su sumisión al Dictador impuesto por la fuerza. La celebración del actual Concilio ofrece la ocasión, a los que están en libertad de hacerlo, para dirigirle un humilde ruego: el de fijar su atención sobre la situación de la Iglesia Católica en España a fin de volverla a la verdadera Doctrina de N. S. Jesucristo corrigiendo las injusticias cometidas y rehabilitando la memoria de los caídos bajo el peso de falsas acusaciones.

Católicos españoles eminentes me han rogado que me haga intérprete de ellos ante el Concilio Ecuménico en razón a mi posición absolutamente imparcial, siempre apartada de todo partidismo político, fiel defensor y servidor de España representada por el Régimen establecido por la libre voluntad de la Nación, por lo que, durante la Monarquía, he servido lealmente al Rey quien me ha honrado con el cargo de Gentilhom-

bre de Cámara. Una vez proclamada la República, he prestado juramento de fidelidad al nuevo Régimen por consejo mismo del Monarca expatriado. Bajo este Régimen he combatido contra el levantamiento franquista y, en el exilio, he sido nombrado Jefe del Gobierno Republicano que nunca ha capitulado. En virtud de estas circunstancias y por mi condición de católico practicante, asumo la responsabilidad de expresar el deseo de mis compatriotas y correligionarios y me dirijo a este Concilio en defensa de mi pueblo injustamente atacado. Mi director espiritual, lo mismo que mi propia conciencia me presentan esta gestión como mi primer deber de Español y de Católico: por esto llamo la atención de este Concilio sobre los tres documentos siguientes:

A). El libro "MEMORIAS DE LA CONSPIRACION 1931-1936 (Cómo se preparó en Navarra la Cruzada)", por don Antonio LIZARZA IRIBARREN (uno de los principales conspiradores contra la República). Editorial Gómez, Pamplona 1953. En este libro se ve que, desde la proclamación de la República en 1931, sin lucha alguna y por elección popular, el conjunto de la Iglesia española se unió a la conspiración para derribar al nuevo Régimen. También en este libro (páginas 25, 48, 52, 57, 81, 82, 92) se encuentran los nombres de los sacerdotes que, disfrazados, eran utilizados por los conspiradores para servicios de espionaje, transmisión de órdenes, etc., así como las iglesias y conventos en que se ocultaban las armas y las parroquias en que se fabricaban bombas de dinamita, bajo la dirección de los párrocos, y con el consentimiento tácito del alto clero, destinadas a ser empleadas contra el pueblo en la revolución que se preparaba.

B). Las cartas cambiadas entre el Obispo de Victoria Mr. Mateo MUGICA (hoy Obispo de Cinna, residente en Zarauz) y el Cardenal Mr. Isidro GOMA, Primado de España, fechadas en los días 22 y 30 de Enero, 2 y 23 de Febrero y 26 de Marzo de 1937. En estas cartas, al preguntar Mr. MUGICA la razón por la que 15 sacerdotes vascos habían sido fusilados por las fuerzas franquistas, el Cardenal Mr. GOMA le respondió, bajo absoluto secreto, que el General Franco había reconocido que estos sacerdotes eran inocentes pero que había que decir por todas partes que habían merecido la pena de muerte. Esta orden del Caudillo fue obedecida por el Cardenal Primado, pero no por el Obispo Mr. MUGICA.

C). La carta colectiva redactada por el Episcopado español por orden del General Franco, fechada en Pamplona el 1º de Julio de 1937 y dirigida a todo el mundo católico. En esta carta se hace mención de los asesinatos e incendios cometidos por el pueblo incontrolado al enterarse de la acción beligerante de la mayoría de la Iglesia en la conspiración y en el levantamiento contra él, incendios y asesinatos desgraciadamente verdaderos; pero añadiendo acusaciones de horribles suplicios y torturas que no tenemos conocimiento de que nunca hayan sido cometidos (sacerdotes perseguidos por jaurías de perros, vaciados sus ojos, miembros y lengua cortados, víctimas quemadas o enterradas vivas, despedazadas a hachazos, crucificadas, etc.) así como otros testimonios acusadores evidentemente falsos, como la voladura con dinamita del arco romano de Bará, la expoliación del Palacio de Liria y del Museo del Prado... Estas acusaciones no tienen ningún fundamento: el arco de Bará se encuentra intacto así como los cuadros del Museo del

Prado que el Gobierno de la República depositó en la Sociedad de Naciones, en Ginebra, para salvarlos de los bombardeos de la aviación franquista que había destruido el Palacio de Liria cuyas obras de arte pudieron, sin embargo, ser salvadas del incendio. Si estas falsas acusaciones fueran ciertas, el pueblo español sería el más salvaje de la tierra, y esta es la impresión que la carta colectiva del Episcopado español ha producido en la conciencia mundial, para la que nuestro pueblo es considerado como una horda de asesinos y de bestias inhumanas. En efecto, ¿quién podría suponer que 2 Cardenales, 5 Arzobispos, 35 Obispos y 5 Vicarios Apostólicos hayan podido faltar abiertamente al Octavo Mandamiento firmando todas estas acusaciones falsas por orden de un Dictador? Únicamente dos dignos prelados: El Cardenal VIDAL y BARRAQUER y el Obispo MUGICA tuvieron el valor de negarse a firmar estos falsos testimonios y por ello fueron castigados con el exilio, en el que el primero ha muerto.

Consideramos que los tres documentos citados tienen suficiente gravedad para retener la atención de este Concilio y para incitarlo a que sean comprobados y aclarados con todos los datos complementarios que el Concilio pueda encontrar y que nosotros podemos proporcionar. Así podría ser realizada una gran obra de justicia si este Concilio, condenando los crímenes y excesos cometidos por el pueblo español en sus justas proporciones, condenase al mismo tiempo la actitud beligerante y mortífera de los miembros de la Iglesia que, por medio de las armas ocultas o fabricadas en sus templos odiosamente profanados con este empleo anti-cristiano ordenado por el Dictador, han causado la muerte de millares de españoles. Que el Con-

cilio acepte también rehabilitar la memoria manchada de los sacerdotes mártires caídos bajo el fuego de los pelotones de ejecución franquistas y declarar al mundo la falsedad de las acusaciones contenidas en la mayor parte del texto de la carta colectiva del Episcopado. De este modo, el Concilio podría contribuir al resurgimiento de la confianza que el pueblo español siempre ha guardado a su Iglesia, confianza que la acción anti-cristiana de las autoridades jerárquicas sometidas a la Dictadura pone en riesgo de desaparición, si este Alto Tribunal Eclesiástico, que es el Concilio, en el que el pueblo español tiene fundada su última esperanza, no le hace finalmente justicia.

Ruego a Vuestras Excelencias que se dignen aceptar mi filial respeto al mismo tiempo que mi ferviente y fiel adhesión a la Santa Iglesia Católica, a la que quedo siempre sometido como su humilde hijo.

París, 12 de Noviembre de 1962.

Emilio HERRERA.

FIN

Obras de don Fernando VALERA

PUBLICADAS:

- INTRODUCCION A LA FILOSOFIA.**—Ed. Cuadernos de Cultura. Valencia, 1929.
- LIBERALISMO.**—Conferencias pronunciadas en la Universidad Popular de Valencia, 1928. Ed. Cuadernos de Cultura. 1930.
- SALMOS DE LA NOCHE ESPIRITUAL.**—Poesías. Valencia, 1929.
- MANUAL DEL REPUBLICANO.**—Ed. Tizor. Valencia, 1930.
- EL PUEBLO EN PIE.**—Discurso pronunciado en la Plaza de Toros de Valencia el 19 de octubre 1930.
- LA AMNISTIA Y LA LUCHA SOCIAL.**—Discurso pronunciado en el Teatro Apolo de Valencia. Agosto 1930.
- DISCIPLINA DE LA LIBERACION.**—Ed. Cuadernos de CULTURA. Valencia, 1931.
- TOPICOS REVOLUCIONARIOS.**—Ensayo crítico de la mitología comunista. Prólogo del Dr. D. Gregorio Marañón. Ed. Aguilar. Madrid, 1932.
- ALMA REPUBLICANA.**—Tópicos conservadores. Ensayo crítico de la mitología conservadora. Prólogo de D. Diego Martínez Barrio. Madrid, 1935.
- COMO SE FORJA UNA CONCIENCIA LIBRE.**—Conferencia editada por la Sociedad "El Sitio", de Bilbao, 1933.
- EL SOLIDARISMO SOCIAL.**—Ed. por la Agrupación Radical Socialista de Madrid, 1932.
- UNA VOZ REPUBLICANA.**—2 volúmenes con selección de artículos, conferencias y ensayos sobre la guerra de España, publicados por suscripción popular. Valencia, 1937-38.
- EN EL UMBRAL DE LA SABIDURIA.**—Ed. Tyrís. México, 1942.
- EL SENDERO INMOVIL.**—Ensayos Filosóficos. Ed. Tyrís. México, 1944. Seguida de una antología de cuentos y leyendas.
- VIDA Y OBRA DE DON JUAN VALERA.**—Ed. Orion. México, 1944. (Cinco ediciones. 95.000 ejemplares distribuidos.)
- LOS POETAS MISTICOS DEL ISLAM.**—Versión española y prefacio a la obra de Nicholson. Ed. Orion. México, 1945.

- TRATADO DEL CONOCIMIENTO DE DIOS.**—Estudio sobre Moisés ben Maimun, Maimonides, y selección de La Guía de los descarriados. Ed. Orion. México, 1946.
- LA PHILOSOPHIE ESPAGNOLE CONTEMPORAINE.**—Ensayo publicado en el "Tableau de la Philosophie Contemporaine" de Weber et Huisman. París, 1956. Numerosos ensayos, artículos y conferencias, publicados en periódicos, revistas o folletos.

Preparados para la imprenta:

- LOS RELATOS DE TUCIDIDES.**—Ed. Billingüe. Texto griego, versión directa al español, con notas filológicas e históricas. Ed. de la Sección de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- FLORILEGIO DEL TERCER ABECEDARIO ESPIRITUAL** del P. Francisco de Osuna, selección y estudio preliminar.
- LAS PLAGAS DE NUESTRO SIGLO.**—"Guerra, Paro, Crisis". Madrid, 1936.
- FORJANDO UN PUEBLO.**—Selección de discursos políticos. 1930-1936.
- FORJANDO UNA CONCIENCIA.**—Selección de conferencias culturales, 1930-1936.
- DIALOGOS DE ESPAÑA CON DIOS.**—Ensayos sobre el sentimiento religioso en España. 1945-1955.
- LA FLOR DE VIOLAR.**—Romancero.
- POR LAS RUTAS DEL DESTIERRO.**—Selección de artículos, ensayos y conferencias. 1940-1957. (Varios volúmenes.)

En preparación:

- ATALAYA DE LA LIBERTAD.**—Selección de artículos de prensa. 1950-1957.
- LA ELOCUENCIA EN GRECIA.**—Selección y versión directa de las mejores oraciones pronunciadas en lengua griega.
- LA ELOCUENCIA EN ROMA.**—Idem en lengua latina.
- LA ELOCUENCIA EN ESPAÑA.**—Idem en lengua castellana.
- LA ELOCUENCIA EN FRANCIA.**—Idem en lengua francesa.
- LA ELOCUENCIA EN ITALIA.**—Idem en lengua italiana.
- LA ELOCUENCIA EN INGLATERRA.**—Idem en lengua inglesa.
- DEL ALMA, EL DESTINO Y LA PROVIDENCIA,** en la Filosofía de Plotino.
- HISTORIA PROFETICA DE LA II REPUBLICA ESPAÑOLA.**

CUADERNOS PUBLICADOS:

- La República Española ante la crisis actual del mundo, por Fernando Valera.
- Actualidad de la Idea Federal, por Fernando Valera.
- Diálogos de las Españas. (2a. edición).
- Reivindicación de un pueblo caído, por Fernando Valera.

En prensa:

- Blasco Ibáñez precursor y guía de la República, por Julio Just.
- Una trayectoria política: Ayer, hoy, mañana, por Fernando Valera.
- La Constitución de la República y la autonomía de los pueblos hispanos.